



Asamblea General

Quincuagésimo período de sesiones

15^a sesión plenaria

Lunes 2 de octubre de 1995, a las 15.00 horas
Nueva York

Documentos Oficiales

Presidente: Sr. Freitas do Amaral (Portugal)

*En ausencia del Presidente, el Sr. Lamamra (Argelia),
Vicepresidente, ocupa la Presidencia.*

Se abre la sesión a las 15.10 horas.

Tema 120 del programa (continuación)

Escala de cuotas para el prorrateo de los gastos de las Naciones Unidas (Artículo 19 de la Carta) (A/50/444/Add.2)

El Presidente interino (interpretación del francés):
Deseo señalar a la Asamblea General el documento
A/50/444/Add. 2.

En una carta que figura en ese documento, el Secretario General informa al Presidente de la Asamblea General que luego de sus comunicaciones de fecha 19 y 22 de septiembre de 1995, Sierra Leona ha hecho el pago mínimo necesario para reducir la suma que adeuda por debajo de la cantidad establecida en el Artículo 19 de la Carta.

¿Puedo considerar que la Asamblea General toma debida nota de esta información?

Así queda acordado.

Tema 9 del programa (continuación)

Debate general

Discurso de Su Excelencia el Honorable Sir Julius Chan, Primer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores y Comercio de Papua Nueva Guinea

El Presidente interino (interpretación del francés): La Asamblea escuchará ahora el discurso del Primer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores y Comercio de Papua Nueva Guinea.

El Honorable Sir Julius Chan, Primer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores y Comercio de Papua Nueva Guinea, es acompañado a la tribuna.

El Presidente interino (interpretación del francés): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Primer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores de Papua Nueva Guinea, Su Excelencia el Honorable Sir Julius Chan, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

Sir Julius Chan (Papua Nueva Guinea) (interpretación del inglés): Es para mí un honor dirigirme a esta Asamblea en nombre de Papua Nueva Guinea y en mi calidad de Presidente del Foro del Pacífico Meridional, que se reunió hace tres semanas.

Para comenzar, permítaseme felicitar al Sr. Diogo Freitas do Amaral por haber sido elegido para conducir las labores de esta Asamblea General, que también marca el cincuentenario de las Naciones Unidas, y a su predecesor,

95-86169 (S)

*** 9586169 ***

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada e incorporadas en un ejemplar del acta, *dentro del plazo de un mes a partir de la fecha de celebración de la sesión*, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina C-178. Dichas correcciones se publicarán después de finalizar el período de sesiones en un documento separado.

por la eficacia y equidad con que dirigió los trabajos del cuadragésimo noveno período de sesiones.

En mi carácter de Presidente del Foro del Pacífico Meridional y en nombre de Papua Nueva Guinea, doy una cordial bienvenida a la República de Palau, país hermano de nuestra región, como 185º Miembro de las Naciones Unidas.

Al conmemorar el cincuentenario, nuestras celebraciones se ven atemperadas por el hecho de que muchos de los sueños e ideales de las Naciones Unidas todavía no se han concretado. Lamentablemente, todavía no se ha llegado a un mundo de libertad, prosperidad y seguridad mayores, que son los objetivos fundamentales de la Carta de las Naciones Unidas. A éstas les queda mucho por concretar y eso, en gran medida, depende del apoyo colectivo de todos los Miembros.

Papua Nueva Guinea sigue creyendo firmemente que la comunidad internacional no puede prescindir de las Naciones Unidas, a pesar de sus deficiencias. Si fueron necesarias luego de la Segunda Guerra Mundial, hoy lo son más todavía. En 50 años, las Naciones Unidas han contribuido en gran medida a las relaciones internacionales positivas y han suministrado los códigos de comportamiento que hoy damos por sobreentendidos en nuestras tratativas internacionales.

Como uno de los muchos países regidos por la atenta vigilancia de las Naciones Unidas antes de convertirse en Miembro de pleno derecho luego de su independencia, Papua Nueva Guinea está firmemente decidida a rejuvenecer y fortalecer a la organización internacional más importante del mundo.

Todo lo que es necesario manifestar en beneficio de la humanidad ya ha sido reiterado muchas veces en este mismo Salón. Siempre se han expresado sentimientos nobles y prácticos, a menudo en los términos más enérgicos. De lo que se ha carecido con mucha frecuencia es de voluntad política y de capacidad de conducción en los asuntos internacionales. Allí reside la diferencia entre los deseos y la transformación de las esperanzas y los sueños de la humanidad en realidad.

Con motivo del cincuentenario de las Naciones Unidas, tengo el orgullo de manifestar que Papua Nueva Guinea compromete su plena adhesión a los principios y objetivos de la Organización.

Juntos debemos esforzarnos por lograr un mundo mejor para esta generación y aquellas que la sucederán en los próximos 50 años y posteriormente. En las esferas en las que las Naciones Unidas han tenido éxito, debemos reiterar nuestro compromiso; con respecto a aquellas en las que no lo ha logrado, este es el momento para corregir y reconstruir los sistemas inadecuados. Nuestro objetivo final debe ser el de promover unas Naciones Unidas más eficaces, más responsables, más cuidadosas, más dispuestas a rendir cuentas y capaces de hacer frente a los desafíos del siglo XXI.

Debemos considerar muy cuidadosamente cómo tenemos que introducirnos al siglo XXI. La finalización de un siglo y el comienzo de otro nos proporcionan un período natural de reflexión. Es hora de que decidamos desembarazarnos de todo aquello que nos ha impedido crear un mundo mejor.

Para esa reforma, se requiere empezar de nuevo con mayor decisión, menos cinismo y corazones más abiertos frente a los sufrimientos por los que atraviesa toda la humanidad. Ese es nuestro desafío colectivo desde ahora hasta el año 2000: la comunidad internacional debe demostrar la decisión, el valor, la visión y la voluntad moral necesarias para hacer de este mundo un lugar mejor.

Al establecer el programa para un futuro mejor, debemos comprender en primer lugar nuestra historia común. Sabemos que dentro de las Naciones Unidas nuestra búsqueda colectiva de paz verdadera está profundamente enraizada en los acontecimientos ocurridos pocos meses antes de que esta Organización comenzara a existir.

Me refiero a los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki. No cambiaron simplemente nuestro mundo para siempre, sino que esos acontecimientos modificaron inclusive la manera en que pensamos. Fueron efectivamente los últimos actos de la segunda guerra mundial e impusieron al mundo un sentido de urgencia en la búsqueda de la paz. Es una urgencia que nunca se ha perdido, al bregar la moralidad y el corazón de los hombres para estar al ritmo de la tecnología en todas sus formas.

Es una carrera que las Naciones Unidas están corriendo; es una carrera que no pueden permitir que se pierda.

Si la paz está en el corazón de los hombres, y los hombres, a su vez, en el corazón de las naciones, que son

el corazón del mundo, tenemos entonces que darnos cuenta de cuán profundo debe ser el cambio que debemos emprender para encontrar una paz verdadera. La medida en que el mundo descubra y abrace la paz se reflejará en la manera en que encare las otras amenazas para la humanidad.

Uno de los desafíos que yo creo está socavando la salud y la vida de todas las naciones es el abuso en materia de estupefacientes, que verdaderamente constituye un problema mundial.

El comercio de drogas encuentra sus víctimas en la juventud del mundo, destrozando las vidas de las personas y la paz y prosperidad de las comunidades. Realmente ha establecido sus propias y sucias “naciones unidas”.

En la medida que impulsan su perverso comercio, los delincuentes —y son criminales de la peor laya— han quebrado las barreras de la nacionalidad, de la política, de las razas, de las religiones y de la cultura con mucho más éxito que esta Asamblea.

Las redes que han establecido hacen que las gigantes corporaciones multinacionales parezcan pequeños protagonistas, y se han afianzado tanto que sólo se les puede hacer frente con una respuesta internacional igualmente resuelta y de base amplia.

Es una tarea a la que debe dársele ubicación a las puertas de las Naciones Unidas por el simple hecho de que ningún otro grupo ni nación puede encararla por sí solo.

La victoria en la batalla contra los barones de la droga exigirá las mismas cualidades necesarias en todo otro esfuerzo serio de las Naciones Unidas: voluntad política y determinación colectiva. Sin estos factores, corremos el riesgo de perder generaciones como consecuencia de un destructivo abuso de drogas. El precio es demasiado alto. Debemos luchar todos juntos contra este mal.

Constituyen el tipo de batallas que debemos abordar colectivamente. Si no nos comprometemos a luchar por la decencia, como en este caso, nunca encontraremos el valor necesario para lograr una vida y una paz verdaderas en este mundo.

En lo que respecta a la ampliación del número de miembros del Consejo de Seguridad, instamos a los cinco miembros permanentes del Consejo a que se sumen a nosotros para examinar en forma crítica la pertinencia de sus posiciones de privilegio y para considerar cómo podría el Consejo de Seguridad operar de manera más efectiva.

Papua Nueva Guinea apoya plenamente al Japón y Alemania para que sean miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

También somos conscientes de la necesidad de apoyar objetivos y decisiones compartidos con recursos adecuados. Nos preocupa especialmente que se resuelvan rápidamente las dificultades financieras a fin de que las Naciones Unidas puedan funcionar a plena capacidad.

Nadie debe estar satisfecho mientras enfrentamos la perpetuación de las disparidades sociales y económicas dentro de las naciones y entre ellas, en gran medida como resultado de intereses estrechos que se persiguen a costa de auténticas preocupaciones humanas.

Es precisamente esta miopía la que ha dado como resultado en el pasado los fracasos de las Naciones Unidas en algunas esferas. La decencia y la justicia deben prevalecer en los hechos y no simplemente en las palabras.

Como activo participante y beneficiario en virtud de la Convención de Lomé entre la Unión Europea (UE) y el Grupo de Estados de África, el Caribe y el Pacífico (ACP), Papua Nueva Guinea tiene el gran honor de ocupar actualmente la presidencia de todas las instituciones de la Convención de Lomé, incluidas la Asamblea Común entre el ACP y la UE, así como el Consejo de Ministros y el Comité de Embajadores del ACP.

Confiamos desempeñar un papel sustantivo en virtud de la Convención de Lomé para abordar estas desigualdades. También esperamos que el comercio y la situación económica internacionales mejoren con el advenimiento de la Organización Mundial del Comercio (OMC), con protecciones para garantizar que los débiles no queden a merced de los fuertes.

Los problemas de gestión de la deuda y su amortización siguen acosando a muchos países en desarrollo. Al tratar de resolverlos, no creemos que haya soluciones universales. Cada caso debe ser considerado individualmente y por sus propios méritos. Hacerlo de otra manera simplemente implicará causar una grave dislocación social y política.

A este respecto, las instituciones internacionales de crédito tales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) deben demostrar la sensibilidad y el tacto necesarios. No creemos que haya una fórmula única para todos los problemas, especialmente en relación con los programas de ajuste estructural del tipo del que Papua

Nueva Guinea sólo recientemente ha adoptado, después de adaptaciones encaminadas a ajustarlo a nuestras circunstancias especiales.

Vivimos en un mundo rápidamente cambiante. Es un mundo acosado por la confusión y la distorsión que lucha por implantar nuevos límites de aceptabilidad y compatibilidad.

Con el ocaso de la guerra fría, nuestros corazones optimistas pensaron que por fin habíamos llegado a un período de paz, seguridad y prosperidad. Mucho de ese optimismo hoy día ha cedido el paso a las dudas y a las preocupaciones.

El desafío planteado a la determinación y los recursos de las Naciones Unidas probablemente es tan grande como lo ha sido siempre, ya se trate de Bosnia, la ex Unión Soviética, Rwanda, Somalia y otras partes.

Algunas de estas zonas de conflicto han subrayado los problemas de las Naciones Unidas y se han constituido en fuentes de descrédito notorio para la Organización, que demasiado a menudo se ha reducido a una impotencia vergonzosa. La tragedia de todo ello —la tragedia abrumadora— es que se han perdido vidas; han perecido personas en enormes cantidades. El hecho simple es que muchas de ellas estarían vivas hoy si las Naciones Unidas hubieran cumplido más efectivamente su papel cuando decidieron intervenir.

Cuando emplazamos a las Naciones Unidas con esta acusación, no nos equivoquemos: nosotros no podemos ni queremos desligarnos de estos fracasos. Nosotros, los miembros, somos las Naciones Unidas, y como tales, responsables por lo que hacen o por lo que dejan de hacer. Debemos asignar buena parte de la culpa a los Estados Miembros que, en forma colectiva, han carecido tanto de voluntad política como de valentía moral.

Las reformas que aporten una mayor voluntad política y un enfoque más humanitario deben tener lugar dentro de cada Miembro. Al celebrar las Naciones Unidas su cincuentenario, quisiéramos destacar que si desean ser un verdadero foro mundial no deben excluir a ningún país, grande o pequeño.

En un momento en que la reconciliación está reemplazando al enfrentamiento, las Naciones Unidas, de conformidad con el espíritu de la diplomacia preventiva, debieran hacer todo lo posible para atenuar las tensiones entre ambas

partes del estrecho de Taiwán. La paz y la prosperidad en la región del Asia y el Pacífico están en juego.

A escala mundial, pensábamos que había una esperanza de paz y prosperidad en el horizonte cuando la comunidad internacional se reunió en Río de Janeiro el año pasado en la Cumbre para la Tierra sobre el medio ambiente y el desarrollo sostenible.

Todos prometimos y reconocimos en la Cumbre de Río que debía hacerse algo dado que la humanidad estaba en peligro como consecuencia de la degradación del medio ambiente y los cambios climatológicos, habiendo adoptado el “Programa 21” como un documento marco.

Todos los gobiernos tuvieron firmemente el documento a la mano, pero lamentablemente ese entusiasmo pareciera que ha disminuido.

Esta y otras experiencias ponen en tela de juicio la utilidad de nuevas conferencias globales cuando los resultados de las que ya se celebraron son en general tan decepcionantes.

Se han celebrado muchas conferencias especiales a nivel mundial, como la celebrada en Barbados sobre los pequeños Estados insulares en desarrollo, en El Cairo sobre población, en Copenhague sobre desarrollo social, en Berlín sobre el cambio climático y la reciente Conferencia de la Mujer celebrada en Beijing, aunque para hacer justicia a esta última hemos de darle más tiempo para que produzca resultados. Debemos considerar una moratoria sobre ese tipo de reuniones hasta que empecemos a ver sus beneficios prácticos. Las palabras ya se pronunciaron; ahora es el momento de la acción.

Los problemas del medio ambiente se han convertido en un objetivo internacional general. Dentro del contexto de un mundo interdependiente, tenemos la responsabilidad colectiva, guiados por el marco de las convenciones internacionales, de gestionar y desarrollar nuestros recursos de forma sostenible. Los objetivos del desarrollo sostenible sólo pueden realizarse mediante una cooperación intergubernamental efectiva y a través de esfuerzos internacionales y regionales.

Por nuestra parte, el Foro del Pacífico Meridional, formado por 16 naciones, incluida Palau que se sumó al Foro en su última reunión, ha aprobado estrategias nacionales y regionales para desarrollar y aplicar programas ambientalmente racionales. Junto con nuestros socios del

Grupo Melanesio “Punta de Lanza”, hemos entrado a formar parte de la Declaración de Lakatoro relativa a la cooperación de Oceanía sobre desnuclearización.

Papua Nueva Guinea y los otros 15 miembros del Foro del Pacífico Meridional expresaron recientemente su gran indignación por la reanudación por parte del Gobierno francés de los ensayos nucleares en Mururoa y decidieron revisar la situación de su diálogo con Francia. Haciendo caso omiso de nuestra posición, Francia llevó a cabo un segundo ensayo nuclear en el atolón de Fangataufa a las 9.30 horas, hora de Papua Nueva Guinea, del lunes 2 de octubre de 1995. De conformidad con la resolución de las naciones del Foro del Pacífico Meridional, siento tener que anunciar ahora, en mi condición de Presidente del Foro, la suspensión a partir de hoy de todo diálogo con Francia posterior al Foro.

Me complace informar que en la 26ª reunión del Foro del Pacífico Meridional se prestó gran atención al cambio producido en la situación de seguridad mundial y regional. El documento del Foro sobre exposición de conceptos titulado “Garantías de desarrollo más allá del año 2000” trató de los problemas de seguridad mucho más allá del alcance de las amenazas militares y las soluciones militares. Nos centramos sobre una seguridad cada vez mayor sobre una base sostenible para promover el comercio, el transporte y el turismo en la región y fuera de ella. Abordamos la necesidad de arreglos regionales sobre daños ambientales, catástrofes naturales y otras emergencias. Como consecuencia, estamos trabajando para tener un plan de acción para la región detallado y general.

Ese es un documento del Foro del que formamos parte. Pero Papua Nueva Guinea tiene su propio documento nacional directriz, “El Plan del Pacífico”, para nuestras relaciones con nuestros vecinos del Pacífico.

Al estudiar los problemas del Pacífico, el Foro fue consciente de que los pequeños Estados insulares son muy vulnerables y tienen necesidades poco habituales. Sus economías están bajo la amenaza constante de catástrofes naturales tales como ciclones y volcanes y el peligro del ascenso del nivel del mar. Cuando uno de esos Estados es azotado por un ciclón, queda asolado como por la guerra y su economía e infraestructura se enfrentan a tensiones graves que perjudican seriamente y retrasan su desarrollo. Por tanto, Papua Nueva Guinea hace un llamamiento a la comunidad internacional a que presten un apoyo constante al Programa de Acción de Barbados para el desarrollo

sostenible de los pequeños Estados insulares en desarrollo y les asistan en sus esfuerzos para lograr una mayor autosuficiencia.

Con el final de la guerra fría, ha decaído el interés internacional hacia las naciones pequeñas, incluidas muchas del Pacífico. Las consideraciones geopolíticas han sido reemplazadas por consideraciones geoeconómicas, con nuevas redes de alineamiento en sustitución de las viejas y familiares. Esto ha impuesto a las naciones tendencias regionalistas, que en algunos aspectos han frenado los avances hacia una auténtica asociación mundial.

Los Estados Miembros estarán enterados de la crisis interna a que se ha enfrentado Papua Nueva Guinea en Bougainville, crisis que ha consumido enorme cantidad de energía, tiempo, paciencia y recursos del Gobierno de mi país. Me complace informar a la Asamblea que mi Gobierno, desde que tomó posesión en agosto del año pasado, ha tratado incansablemente de resolver la situación de Bougainville, hasta ahora con gran éxito. Permítaseme expresar el agradecimiento del pueblo y del Gobierno de Papua Nueva Guinea a las Naciones Unidas, y en particular a la Oficina del Secretario General, por su cooperación y comprensión durante todo el proceso. Me refiero especialmente al apoyo de las Naciones Unidas a la Conferencia de Paz de Bougainville de octubre de 1994 que, me complace decir, con el establecimiento de la fuerza de mantenimiento de la paz del Pacífico meridional, permitió dar sentido a las palabras del Secretario General en cuanto al valor de los enfoques regionales en la solución de conflictos. Creo que hoy los beneficios de esa sabia política están bien a la vista de todos en la situación de Bougainville, que ha mejorado notablemente en los últimos 12 meses.

También queremos asegurar a la comunidad internacional nuestro compromiso absoluto para con los derechos humanos al tratar esta situación, según lo garantiza nuestra Constitución. Ciertamente, es ese elemento fundamental para el derecho de todos nuestros pueblos a vivir en paz y libertad el que nos ha llevado a mí y a mi Gobierno a buscar sin descanso una solución a dicha crisis.

En Papua Nueva Guinea no existe un grupo minoritario, ya que tenemos antecedentes numerosos y diversos de tipo lingüístico, cultural y social. Existen más de 800 tribus y lenguas en una población de 4 millones de habitantes, en un país del tamaño de Malasia. En realidad, todos somos minoritarios en nuestra tierra. Por tanto, cada grupo tiene un lugar legítimo en Papua Nueva Guinea.

Para nosotros y para otras naciones en desarrollo, el meollo de las cuestiones sociales radica claramente en el problema de dar poderes al pueblo para erradicar la pobreza, obtener una educación y vivir una existencia saludable. Cuando eso se logra, puede la gente dedicarse a ampliar su participación en el desarrollo económico y social de su nación. Sin esos elementos básicos, lo único que se puede hacer es luchar por la supervivencia.

La creciente marginación de los pobres y de las minorías sigue siendo un problema importante dentro de cada país, independientemente de su situación política o económica. Apoyamos la opinión de que el nuevo paradigma del desarrollo tiene que definir nuevamente las necesidades de los pueblos en cuanto a la garantía de los elementos básicos de la vida, tales como la vivienda, la alimentación y el agua. Eso sólo puede lograrse con la participación del pueblo en la toma de decisiones y su participación directa en el proceso de desarrollo.

En este sentido, quiero señalar a la atención de la Asamblea un informe que se va a preparar, a iniciativa del Secretario General, sobre oportunidades y participación, que espero reciba el examen detenido que merece.

Uno de los hitos entre los logros de las Naciones Unidas ha sido la descolonización de los pueblos bajo dominio colonial. Por tanto, al conmemorar el cincuentenario de las Naciones Unidas, podemos dar testimonio con orgullo de que las Naciones Unidas han cumplido en general sus deberes y responsabilidades respecto al proceso de descolonización. Mi país y muchos otros representados en esta Asamblea son testimonio de los grandes logros de esta Organización en cuanto a la descolonización. Hace menos de tres semanas mi pueblo celebró con regocijo el vigésimo aniversario de la independencia de Papua Nueva Guinea.

Si bien reconocemos y encomiamos a las Naciones Unidas por sus logros en el proceso de descolonización, su tarea no se ha completado todavía. Sigue habiendo muchos Territorios bajo una u otra forma de dominio colonial. En reconocimiento de una tarea inacabada en cuanto a la descolonización, la Asamblea General aprobó una resolución proclamando el Decenio internacional para la eliminación del colonialismo. Ello es motivo de grandes esperanzas para quienes siguen todavía bajo el yugo del colonialismo.

La desaparición del *apartheid* en Sudáfrica trajo consigo una gran sensación de alivio y esclarecimiento, no sólo allí sino en el mundo entero. En ese mismo sentido,

se debería eliminar el colonialismo, otra plaga de la humanidad, y se lo debería confinar a las páginas de la historia como fenómeno degradante de una era ya superada.

Existe la necesidad de adoptar un enfoque individual para cada caso al abordar los problemas de los territorios bajo administración colonial con el fin de garantizar que en la tarea de determinar el eventual estatuto político de cada Territorio se tengan en cuenta en forma adecuada y realista los deseos de los pueblos involucrados.

En nuestra región inmediata, tenemos mucho interés en ver que se permita que el proceso de descolonización de Nueva Caledonia emprenda el curso correspondiente, de conformidad con los principios y prácticas de las Naciones Unidas. Si bien reconocemos la actitud progresista que el Gobierno francés ha asumido en Nueva Caledonia, nos preocupa que sigan existiendo ciertas políticas negativas y contraproducentes. En ese sentido, instamos a Francia a que cumpla rápidamente y con dignidad sus responsabilidades en materia de descolonización.

La erradicación del colonialismo antes del año 2000 nos colocará en una posición más esclarecida. Hará del mundo un lugar mejor y más equipado para afrontar los desafíos del futuro con justicia y dignidad para todos.

Quiero decir simplemente que no cabe duda de que las Naciones Unidas representan a la humanidad y proporcionan la mejor senda posible para la paz, la seguridad y la prosperidad. Si bien todos reconocemos los nobles objetivos de la Carta de las Naciones Unidas, ningún país puede decir que ha brindado un apoyo cabal y completo a la Organización.

Desafortunadamente, las Naciones Unidas han sido utilizadas una y otra vez para fines individualistas, ya sea en las esferas relacionadas con el mantenimiento de la paz, los derechos humanos y el medio ambiente o en las deliberaciones del Consejo de Seguridad. En este mundo sumamente imperfecto, sería ingenuo haber esperado jamás soluciones perfectas de las Naciones Unidas. Reitero, no obstante, que mi Gobierno está firmemente convencido de que se trata de una Organización de la que la humanidad no puede prescindir. Si las Naciones Unidas no existieran, deberíamos inventarlas. Al cabo de 50 años, nuestra tarea consiste en reinventarlas, en hacer que sean mejores, en permitir que sirvan en forma plena y competente a la humanidad. Se trata de un objetivo noble, que debe ser perseguido con una intensidad y una determinación pragmáticas.

El cincuentenario de las Naciones Unidas es la ocasión para que todas y cada una de las naciones Miembro se comprometan nuevamente con los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas. Debemos hacerlo en pro de la paz, y con el vívido recuerdo de Hiroshima y Nagasaki nunca demasiado lejos. Si vamos a recibir al nuevo siglo como deberíamos, entonces la Carta de las Naciones Unidas proporciona la vara para medir los desafíos que nos aguardan.

Hoy afrontamos numerosas cuestiones globales, y las Naciones Unidas nos proporcionan la mejor ocasión —la única ocasión— de afrontarlas con éxito, de modo que debemos actuar en beneficio de toda la humanidad. En esta era planetaria, debemos modificar nuestra forma de actuar. Debemos pensar con mentes planetarias, y debemos responder a las necesidades de la humanidad con corazones planetarios. Sólo entonces nuestras actitudes habrán mantenido el ritmo de las realidades que afrontamos. Sólo entonces podremos legar un mundo mejor a nuestros hijos.

El Presidente interino (*interpretación del francés*): En nombre de la Asamblea General, quiero agradecer al Primer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores y Comercio de Papua Nueva Guinea la importante declaración que acaba de formular.

El Honorable Sir Julius Chan, Primer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores y Comercio de Papua Nueva Guinea, es acompañado al retirarse de la tribuna.

El Presidente interino (*interpretación del francés*): El próximo orador es el Ministro de Estado y Ministro de Relaciones Exteriores del Senegal y de los senegaleses que residen en el exterior, Su Excelencia el Sr. Moustapha Niasse, a quien doy la palabra.

Sr. Niasse (Senegal) (*interpretación del francés*): El Senegal, mi país, se complace en expresar sus cálidas felicitaciones al Sr. Diogo Freitas do Amaral con ocasión de haber sido elegido para ocupar el cargo de Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas en su quincuagésimo período de sesiones. Esta elección traduce el aprecio que la comunidad internacional siente por el papel que su país, Portugal, desempeña en el análisis y la gestión de los grandes temas que marcan la evolución del mundo. Se suman a ello las cualidades personales de diplomático y estadista del Sr. do Amaral, así como también su experiencia en la esfera de las relaciones humanas como base fundamental de la paz entre las naciones.

Quiero también rendir homenaje a su predecesor, el Sr. Amara Essy, Ministro de Relaciones Exteriores de Côte d'Ivoire, quien durante un año dirigió los trabajos de la Asamblea General en su cuadragésimo noveno período de sesiones con eficacia y con un notable espíritu de apertura, lo que ha constituido un orgullo para África toda.

Por último, quiero subrayar una vez más el apoyo que mi país brinda al Secretario General de las Naciones Unidas, Sr. Boutros Boutros-Ghali. Sus iniciativas, sus acciones reiteradas y su determinación de cumplir su eminente misión al servicio de la paz, la seguridad y el desarrollo —ello a pesar de una circunstancia particularmente inestable—, lo hacen merecedor del reconocimiento del mundo. Le agradecemos una vez más aquí, ante la Historia.

Las Naciones Unidas han recorrido hasta hoy un itinerario de medio siglo. En efecto, tras la segunda mundial, durante 50 años los pueblos del planeta, tras haber aprendido con perspicacia las lecciones de los errores y resbalones de la historia de los conflictos humanos, han venido llevando a cabo la tarea de crear un nuevo entorno, un clima de comprensión mutua y de cooperación solidaria, un marco de vida en que el hombre, por fin, tome conciencia de que el espíritu comunitario, la generosidad y el respeto mutuo constituyen las mejores garantías de la paz, el bienestar, la salud, el medio ambiente y el desarrollo de las sociedades.

Durante 50 años, y en virtud de los principios que los fundadores de nuestra Organización común consagraron en la Carta de las Naciones Unidas, hemos venido estableciendo etapa tras etapa las bases de un sistema internacional capaz de garantizar la seguridad colectiva de todos los países y de establecer al mismo tiempo mejores condiciones de vida en un marco de mayor libertad.

Si se examinan las acciones que la Organización ha emprendido desde su creación y si se analiza, en particular, la gestión de los múltiples conflictos que han surgido aquí y allá en la época de la guerra fría, se puede constatar sin ninguna duda que nuestra Organización ha sido un instrumento irremplazable para la promoción y el mantenimiento de la paz.

En efecto, más allá del mero mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, la Organización se ha destacado especialmente en la lucha en favor de la descolonización y también, sobre todo, en el establecimiento de un sistema progresivo de instituciones especializadas que aporten un apoyo valioso en las esferas social, económica, humanitaria y cultural.

No obstante, y pese a los logros alcanzados, debemos convenir en que queda aún un largo camino que recorrer, que restan numerosos e importantes desafíos que afrontar y que restan nuevas y audaces iniciativas que tomar para poder realizar plenamente los ideales consagrados en la Carta de San Francisco. Se prepara pacientemente una reforma histórica que concierne a la estructura de las Naciones Unidas y, muy particularmente, al Consejo de Seguridad. En este sentido, mi país, el Senegal, apoya sin reservas el aumento del número de miembros permanentes y no permanentes del Consejo de Seguridad, con el objetivo de fortalecer las condiciones y mecanismos del mantenimiento de la paz.

En efecto, es necesario convenir en que el fin de los enfrentamientos ideológicos no ha traído al mundo ni la paz ni el desarrollo que tan seriamente habían anticipado los redactores de la Carta.

Del Afganistán a Angola, de Bosnia y Herzegovina a Somalia, de Liberia a las repúblicas nacidas de la ex Unión Soviética, muchos conflictos siguen resistiéndose a nuestros proyectos de solución. Es cierto que en algunos conflictos, como en los de Angola y el Oriente Medio, en estos últimos tiempos se han constatado progresos significativos. Y querría aprovechar esta ocasión para celebrar el nuevo paso importante que acaba de darse, en el marco de la solución del conflicto del Oriente Medio, con la firma, el 28 de septiembre pasado, en Washington, del Acuerdo de Taba.

En el caso de otros conflictos, como el de Bosnia y Herzegovina, empiezan a aparecer en el horizonte pequeñas luces de esperanza, gracias a la acción conjugada del Grupo de Contacto occidental y el Grupo de Contacto de la Organización de la Conferencia Islámica, así como de la Unión Europea, los Estados Unidos de América, la Federación de Rusia y otros Gobiernos de buena voluntad. Aprovecho también esta oportunidad para felicitar a la Organización de la Conferencia Islámica y a los Estados miembros por todos sus esfuerzos e iniciativas. Han contribuido en gran medida al logro de los resultados que hoy hemos festejado solemnemente.

A este respecto, es evidente que el combate heroico del pueblo de Bosnia, sostenido por el elevado sentido de responsabilidad de sus dirigentes, ha contribuido poderosamente a la nueva situación, cuya consolidación desea ver la comunidad internacional para el logro de una paz definitiva en la ex Yugoslavia.

La multiplicación de los conflictos producida por la desaparición de los bloques ha tenido el efecto positivo de

echar los cimientos para el logro de un consenso sobre los mecanismos, criterios, condiciones y medios a utilizar para asegurar, organizar y salvaguardar la paz del mundo. Este consenso implica que debe recurrirse cada vez más a la diplomacia preventiva, en tanto que concepto innovador, para asegurar el buen funcionamiento de nuestro sistema de seguridad colectiva. Este consenso implica también que, en lo sucesivo, los mandatos de las fuerzas de mantenimiento de la paz deben definirse mejor, en función de las circunstancias y de los objetivos que se persiguen. En consecuencia, deberán reunirse y movilizarse los medios que sean necesarios.

La importancia que mi país, el Senegal, atribuye a esta cuestión está en consonancia con su decisión constante de obrar en favor de un sistema de seguridad que funcione por estar adaptado a las realidades actuales. Y es por encima de todo en ese espíritu que el Senegal participa con regularidad en la labores del Comité Especial encargado de examinar la cuestión de las operaciones de mantenimiento de la paz en todos sus aspectos.

Además, esta posición del Senegal se inscribe en el marco de la toma de conciencia por parte de África de los cambios que están ocurriendo en el mundo y que han llevado a nuestro continente en 1992, con ocasión de la Reunión en la Cumbre de la Organización de la Unidad Africana (OUA), en Dakar, a concebir y establecer un mecanismo de prevención, gestión y solución de conflictos. Esta iniciativa africana orientada a la preservación de la paz y la seguridad en el mundo, por consiguiente, debe recibir el apoyo de la comunidad internacional para que se reduzcan las derivaciones en la práctica de la falta de medios que, como todos saben, África padece tan duramente, a fin de que se realicen sus ambiciones legítimas a través de los objetivos fijados a ese mecanismo. Con un apoyo de esa índole, África, nuestro continente, podría dedicarse mejor a solucionar los conflictos de Rwanda, Burundi, Liberia, Sierra Leona y Somalia.

Al hablar de conflictos regionales mi delegación querría recomendar, especialmente en lo que concierne al problema de Jammu y Cachemira —en el que se ven envueltos dos países vecinos y hermanos, la India y el Pakistán, con los que el Senegal mantiene relaciones amistosas—, que se encuentre una solución definitiva a este tema, de manera que permita a estas dos grandes naciones asiáticas consagrar sus esfuerzos a la creación de un clima de paz propicio para un desarrollo integrado y mutuamente provechoso. La Organización de la Conferencia Islámica, en relación con esos dos países, consagra una reflexión constante a esa cuestión.

Hoy se reconoce universalmente que no puede haber desarrollo sin paz y sin estabilidad. Es también en la falta de desarrollo, la pobreza, la marginación y la exclusión que es necesario buscar las causas profundas de la inseguridad. Por lo tanto, tenemos que idear juntos un nuevo sistema de vida colectiva que pueda ofrecer a todos nuevas razones de esperanza, basado en el espíritu de solidaridad y la voluntad de paz.

Una iniciativa de esta índole debería comenzar con una toma de conciencia. Una toma de conciencia de que, aunque la expresión “globalización de la economía” se ponga de moda de ahora en adelante, el fenómeno va mucho más allá de una mera tendencia. De hecho, concierne simultáneamente a la economía, las finanzas y la información. Concierne también y especialmente a los problemas más graves para el futuro de la humanidad, ya se trate de la protección del medio ambiente, la lucha contra las amenazas que pesan sobre la salud colectiva, el tráfico de estupefacientes o la represión del crimen organizado. Hoy está claro que la solución de esos problemas no puede ser sino mundial.

A la luz de esas realidades nuevas del mundo de hoy, es evidente que sólo un concepto nuevo de la solidaridad permitirá evitar, o al menos atenuar, las consecuencias múltiples, nefastas para todo el mundo, de la pobreza y la exclusión. Se trata, pues, a partir de un compromiso colectivo que debemos asumir aquí todos, de definir un nuevo pacto social para el porvenir de la humanidad. Y, en ese contexto, la lucha contra la pobreza de los países del hemisferio sur toma una dimensión especial.

En la dinámica actual de la globalización y la liberalización de la economía de las naciones, la nueva Organización Mundial del Comercio (OMC) —establecida en Ginebra hace sólo unos meses, después de su bautismo en la histórica reunión de Marrakech—, debe constituir un marco nuevo y el crisol de un mundo abierto a relaciones económicas y comerciales más justas, más equilibradas y más humanas entre los países del Norte y los países del Sur, en el espíritu de las reivindicaciones legítimas de los pueblos del Tercer Mundo. Deseo reafirmar aquí solemnemente que la OMC es portadora de las esperanzas del mundo en una nueva era de intercambios provechosos para todos, equilibrados, justos y duraderos.

Visto bajo esta óptica, la OMC, a cuya creación han contribuido los países africanos, debería ayudar a esos países a insertarse mejor en el nuevo sistema económico internacional.

Además, la globalización y la liberalización de la economía deberían incitar a los países en desarrollo a intensificar la cooperación Sur-Sur como imperativo de estrategia de desarrollo y como medio para asegurar la integración de sus economías en el nuevo contexto y las nuevas ambiciones de la comunidad internacional, en pro del desarrollo en la paz, sobre todo de los países del sur. Lo mismo podemos decir de la necesidad de revalorizar los precios de las materias primas y de asegurar un acceso equitativo a los mercados —a todos los mercados—, para permitir a nuestros países el establecimiento de una verdadera política de eficacia comercial. El Senegal, mi país, se inscribe sin reservas en esa dinámica y en esa orientación.

Con ocasión del cincuentenario de las Naciones Unidas, y desde lo alto de esta tribuna, quisiera hacer un llamamiento vibrante y solemne en pro del desarrollo de África. Este llamamiento traduce una preocupación importante de los dirigentes y de los pueblos africanos. Como sabemos, las Naciones Unidas han trabajado intensamente, con mucho mérito, acerca de esta cuestión, como lo ilustra la celebración en julio pasado en Ginebra, en el marco del período de sesiones del Consejo Económico y Social, de un debate de alto nivel sobre el desarrollo de África.

Hoy es una verdad manida el subrayar el riesgo de la marginación de África. No por ser real este riesgo es menos inaceptable; el conjurarlo es, por lo tanto, una necesidad imperiosa para todos aquéllos en cuyo espíritu las ideas de solidaridad y cooperación internacional siguen teniendo sentido.

Acojo con beneplácito que el Secretario General de la institución que hoy nos acoge, sea una de esas personas para la que no existe esa fatalidad histórica a la que África no puede escapar. El Sr. Boutros Boutros-Ghali —pues de él se trata— ¿no acaba de darnos esa prueba decidiendo poner en marcha una iniciativa especial para África con el objetivo claramente afirmado de dar un nuevo aliento a la cooperación internacional?

Por mi conducto, el Senegal, mi país, afirma su apoyo total a esa iniciativa feliz pues se articula alrededor de las prioridades de África, que tienen por nombre la seguridad alimentaria, la gestión del agua, el desarrollo social y humano, la democracia, la movilización de los recursos y, finalmente, la lucha contra la pobreza.

Es necesario recordar que el Jefe del Estado senegalés, Su Excelencia el Presidente Abdou Diouf, no ha cesado de dedicarse desde hace tiempo a la búsqueda de soluciones

globales a los problemas económicos de África, especialmente la cuestión espinosa de la deuda, que retrasa e impide el desarrollo de los países africanos.

Así, tras su primer mandato al frente de la Organización de la Unidad Africana, fue uno de los impulsores de la convocación en 1986, por primera vez en los anales de las Naciones Unidas, de un período extraordinario de sesiones de la Asamblea General consagrado a la crítica situación económica de África.

En el mismo sentido, el Senegal, felicitándose por la conclusión en París en 1994 de la Convención de las Naciones Unidas de lucha contra la desertificación en los países afectados por sequía grave o desertificación, en particular en África, subraya aquí de nuevo la necesidad de que este instrumento entre en vigor rápidamente, y de acelerar la asignación de recursos financieros significativos y suficientes con el objetivo de poner fin a este flagelo del continente africano. A esta lucha se dedica desde hace años el Comité Interestatal Permanente de Lucha contra la Sequía en el Sahel.

No se puede hablar de desarrollo sin el respeto y la protección de las libertades y de los derechos humanos, que se han convertido en una exigencia reconocida universalmente hoy día. Todo el mundo conoce el compromiso del Senegal con esa exigencia de los tiempos modernos, que los países africanos, en el marco de los cambios que afectan al mundo después del final del decenio de 1980, han integrado en sus políticas de desarrollo como dimensión inevitable del progreso.

Para concluir, permítaseme resaltar que el nuevo contexto internacional y el carácter multidimensional que revisten los problemas a resolver exigen un camino concreto, un camino integrado, un camino de solidaridad entre todos los asociados, los Gobiernos, las instituciones, los organismos, ya sean públicos o privados, que rigen la vida y la evolución de la comunidad internacional.

La solidaridad es también el cimiento y la garantía de este camino común, inspirado por las necesidades de la supervivencia de la humanidad. La solidaridad es, sobre todo, la convicción profunda de pertenecer a un mismo mundo, tanto desarrollado como subdesarrollado. La solidaridad también es un deber, el de abordar conjuntamente los desafíos múltiples y los problemas comunes, ya sean los del Norte o los del Sur. La solidaridad es una voluntad colectiva de construir el futuro sobre la base de una asociación sin exclusiones. La solidaridad también es el compromiso común de fomentar voluntariamente el

progreso colectivo de toda la humanidad. En nombre del conjunto de las naciones que se dedican íntimamente a la misión del hombre sobre la Tierra, debemos cultivar entre todos la solidaridad, la cooperación, la amistad y la fraternidad.

En este espíritu, y ante esta etapa de esperanzas renovadas en la historia de nuestro planeta que consagra la celebración del cincuentenario de las Naciones Unidas, sin las cuales el mundo no sería el que es hoy día, queremos expresar aquí solemnemente el deseo ardiente de que nuestro encuentro, el período de sesiones de 1995, el quincuagésimo de la historia de las Naciones Unidas, constituya el alba de una nueva era en la que se logren todos nuestros ideales comunes de paz, de justicia y de progreso, para mayor beneficio de las generaciones venideras, a las que tenemos la obligación de dejar un mundo de paz, de seguridad y de desarrollo.

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Tiene la palabra el Ministro de Relaciones Exteriores de Australia, Senador Gareth Evans.

Sr. Evans (Australia) (*interpretación del inglés*): Deseo felicitar al Sr. Diogo Freitas do Amaral por su elección a la Presidencia de esta Asamblea. Su elección es un homenaje a su persona y a Portugal, y Australia trabajará con él para garantizar que este histórico quincuagésimo período de sesiones sea lo más memorable posible. Me sumo a la cálida bienvenida a nuestro compañero del Foro del Pacífico Meridional, Palau, como 185º Estado Miembro de las Naciones Unidas.

A fin de preparar de manera eficaz nuestro futuro, primero debemos poder ver claramente nuestro pasado. Para poder ver dónde debemos ir, debemos saber dónde hemos estado; debemos ser conscientes de nuestros fracasos, pero debemos estar orgullosos de nuestros éxitos.

Hoy día, la estructura de la comunidad mundial, de Estados soberanos, determinados, independientes, trabajando juntos en pie de igualdad en el marco del derecho internacional, simplemente no existía antes de la Carta de las Naciones Unidas. Era una idea en la mente de muchos durante largo tiempo, y entre las dos guerras mundiales vimos surgir una pálida aproximación de esta idea con la Sociedad de las Naciones. Pero, fue en ese momento especial en San Francisco, hace 50 años, cuando realmente nació el concepto actual de una comunidad de naciones. Ese concepto ha pasado la prueba de 50 años de vida.

Por muy dotados que fueran los artífices de la Carta, creo que les asombraría ver la manera en que se ha respondido, y superado, a su visión de un mundo globalizado. Hoy el mundo es un solo mundo, un mundo en el que ninguna persona o Estado puede aspirar a resolver todos sus problemas o cumplir todos sus sueños por sí solo. Las ideas de San Francisco han entrado en el inconsciente de los pueblos de todo el mundo. Los que se niegan a reconocer el carácter global de nuestro mundo, o retroceden ante él y se refugian en el unilateralismo, o peor aún, en el aislacionismo, simplemente no han comprendido las nuevas dinámicas que están funcionando. La nuestra es una era en la que se nos pide más cooperación, no menos, y compartir más y de manera más responsable nuestro destino común.

Las ideas de San Francisco han asumido muchas formas concretas, que se han profundizado y ampliado en los últimos 50 años. Ahora los Estados, de forma habitual y prácticamente automática, se relacionan entre sí basándose en la Carta de las Naciones Unidas. Hemos realizado adiciones continuas al cuerpo del derecho internacional y de los acuerdos concertados de conformidad con la Carta, en maneras que han abarcado todos los aspectos de la vida moderna. Hemos formado instituciones que han intentado cubrir las necesidades más básicas de los pueblos del mundo: la paz y la seguridad, el bienestar económico, la dignidad y la libertad.

Era natural que, tras la devastadora guerra mundial y la atroz brutalidad que la acompañó, la Carta tuviera en su centro el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Hasta ahora, hemos pasado la prueba de garantizar que el mundo nunca volvería a padecer un conflicto mundial. Evidentemente, las Naciones Unidas han tenido que abordar muchos desafíos en el mantenimiento de la paz, desde sus inicios y desde entonces. Existen esferas en las que sus intentos por mantener y restaurar la paz han fracasado, y en las que las Naciones Unidas han vacilado. Pero, por todo lo que ha funcionado mal en lugares como Bosnia, Somalia y Rwanda, no debemos olvidar los éxitos, como los de El Salvador, Camboya y Mozambique. Retrocediendo una generación, nadie debe olvidar el papel desempeñado por el Consejo de Seguridad y por el Secretario General en ese mes desesperado de octubre de 1962, cuando las manecillas del reloj estaban a segundos de la medianoche y el mundo se enfrentaba a un posible holocausto nuclear. Nadie debe olvidar el papel que ha desempeñado el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares para negar la predicción casi universal en el decenio de 1960 de que en dos decenios existirían 20 o más Estados poseedores de armas nucleares.

En cuanto al desarrollo, al buscar cumplir su compromiso de “promover el progreso social y elevar el nivel de vida”, las Naciones Unidas han trabajado arduamente, a veces en circunstancias muy difíciles. La disparidad entre países desarrollados y países en desarrollo sigue siendo inaceptablemente grande; ha habido y sigue habiendo dificultades con la disponibilidad de recursos para la asistencia al desarrollo, y tenemos que reconocer la terrible realidad de que, según el Banco Mundial, 1.300 millones de personas viven todavía en la absoluta pobreza. Pero, en cuanto a la alimentación y la agricultura, el empleo y las normas laborales, la salud, la educación y la construcción de infraestructura tan vital para las comunidades del mundo en desarrollo —carreteras, puentes, sistemas de agua— las Naciones Unidas y sus organismos especializados han trabajado incansablemente al servicio de la familia humana. Es gracias a la UNICEF que hoy en día el 80% de los niños del mundo están inmunizados contra seis enfermedades fatales. Y esto es sólo una de las cientos de historias similares que las Naciones Unidas podrían y deberían contar.

Básico en el concepto de las Naciones Unidas sobre la comunidad mundial fue que debía funcionar conforme al fomento del derecho, la justicia y los derechos humanos. Un compromiso fundamental de las Naciones Unidas es establecer condiciones en que prevalezca la justicia, se respete el derecho internacional y pueda construirse la paz. En cumplimiento de su mandato, las Naciones Unidas han proporcionado el marco para la negociación de 300 grandes tratados incluidos en sectores tan esenciales como el control de armamentos, el transporte, la navegación y las comunicaciones. Esta esfera tan práctica de la cooperación internacional ha formado el contexto del mundo globalizado.

La Carta de las Naciones Unidas hablaba no sólo de lograr mejores niveles de vida, sino de que esos mejores niveles de vida sean disfrutados “dentro de un concepto más amplio de la libertad”. Y la articulación, el desarrollo y la aplicación de las normas de derechos humanos en todo el espectro de derechos —económicos, sociales y culturales, así como políticos y civiles— ha sido una de las funciones más importantes y constructivas de las Naciones Unidas.

Una de las peores negaciones de la libertad personal y política fue la impuesta por el *apartheid*. El triunfo sobre ese mal fue, ante todo, una victoria de los sudafricanos y sus dirigentes cuya libertad y dignidad el *apartheid* durante tanto tiempo les había negado. Pero sería ignorar el testimonio de la historia no reconocer la importancia del papel desempeñado por esta Asamblea General y el Consejo de Seguridad para crear las condiciones favorables.

Para los pueblos de este mundo, ningún derecho político ha sido más importante que el de la libre determinación. Los logros de las Naciones Unidas en esta esfera por sí son testimonio del papel indispensable que han desempeñado en los asuntos humanos, luego de que centenares de millones de personas pudieron ejercer su derecho de libre de determinación en estos últimos 50 años. Es el gran movimiento de descolonización, tanto como la guerra fría y sus secuelas, lo que define al mundo moderno que conocemos y que forja el programa mundial para los años venideros.

Las Naciones Unidas del futuro tendrán que ser, sobre todo, una organización que trabaje y hable por todos sus miembros, por grandes o pequeños que sean, y cuya legitimidad no se ponga en tela de juicio. Deberá ser una Organización mejor orientada a producir resultados y a brindar los servicios que la gente precisa y tiene derecho a recibir. Y debe ser una Organización que busque reintegrar y coordinar mejor la implementación de los tres objetivos básicos de las Naciones Unidas tan claramente expuestos en San Francisco, hace cincuenta años: los objetivos de paz, es decir, satisfacer la necesidad de seguridad; de desarrollo, es decir, satisfacer las necesidades económicas; y de derechos humanos y justicia, es decir, satisfacer la necesidad de dignidad y libertad individuales y de grupo.

En cuanto al programa de paz, el desarme y el control de armamentos sigue revistiendo importancia vital y un reto importante que tenemos por delante será mantener el impulso del desarme multilateral y los esfuerzos en favor de la no proliferación. La decisión de la Conferencia de las Partes encargada del examen y la prórroga del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) fue y sigue siendo, pese a lo ocurrido desde entonces, la decisión correcta. El trabajo sobre un Tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares debe culminar, como se prometió, en el primer semestre de 1996. Debemos comenzar también, lo antes posible, las negociaciones sobre un tratado de prohibición de la producción de material fisionable con fines de armas nucleares. Otra medida útil, aunque más difícil de concretar, serían un régimen que exigiera a todos los Estados declarar sus existencias actuales de material fisionable y dar cuenta de ellas. El objetivo básico de todo esto es avanzar hacia el objetivo convenido por todos —y no debe olvidarse nunca que todos lo han convenido— de que, en última instancia, habremos de eliminar todas las armas nucleares.

Es en este contexto, especialmente, que las decisiones de Francia y China de continuar los ensayos nucleares deben deplorarse con total firmeza. Grave es ya el daño de

las consecuencias ambientales de una explosión más de cinco veces superior a la de Hiroshima, como la que Francia ensayó ayer en el frágil atolón de Fangataufa, en las vecindades del Pacífico australiano. Pero las consecuencias para la política nuclear son aún peores. Este no es el momento de reforzar los arsenales nucleares y afirmar su papel disuasivo: el mundo quiere y tiene que avanzar en la dirección opuesta.

Este es el momento de negociar la eliminación de los arsenales y erigir sistemas de verificación como el de la Convención de armas químicas, que todavía tiene que ser ratificada para entrar en vigor (e invito a los Estados que aún no han adherido a este instrumento, a que lo hagan con urgencia). Este no es el momento de alentar el escepticismo en torno al TNP, como lo hacen los ensayos franceses y chinos. Es, por el contrario, el momento en que las Potencias nucleares debieran alentar su observancia universal de la mejor manera que lo pueden hacer: demostrando que ellas mismas tienen absoluta seriedad en cuanto a avanzar hacia la eliminación de las armas nucleares de la faz de la tierra. La mejor manera de hacerlo es que inmediatamente Francia y China pongan fin a sus programas de ensayos; que todos los Estados poseedores de armas nucleares firmen los tratados sobre zonas libres de armas nucleares que ahora existen en el Pacífico Sur y en otras partes, y que los Estados se comprometan sinceramente a negociar un tratado genuino de prohibición total de los ensayos nucleares de umbral cero para mediados del año próximo.

La experiencia de las Naciones Unidas, durante los últimos años de turbulencias, en el terreno del mantenimiento y la imposición de la paz ha subrayado la necesidad de mejorar la eficacia de su trabajo en estas importantes esferas. Australia a celebrado la labor del Secretario General en esta área, en su muy lúcido “Suplemento de ‘Un Programa de Paz’”, de enero de 1995. En nuestras propias contribuciones al debate de estas cuestiones, argumentamos en favor de plantear las ideas más claras posibles en relación con la viabilidad de los objetivos en todo el espectro de respuestas a los problemas de seguridad: desde la consolidación de la paz hasta el mantenimiento de la paz, y desde el restablecimiento de la paz hasta la imposición de la paz.

Hemos sostenido constantemente, y los reitero brevemente, que si se quiere que las Naciones Unidas puedan enfrentar efectivamente los problemas de seguridad del mundo posterior a la guerra fría deben dedicar más recursos a estrategias preventivas y no tanto a estrategias reactivas. Es más sensato concentrarse en la prevención que en el restablecimiento de la paz después de los hechos, tanto en el caso de conflictos entre Estados, como en el caso lamen-

tablemente mucho más común ahora, de conflictos intestinos. Los conflictos violentos son siempre mucho más difíciles y costosos de resolver que las controversias no violentas y los Estados que se desmembran son sumamente difíciles de reagrupar.

Dicho lo anterior, ha sido alentador ver el progreso alcanzado en días recientes para resolver el conflicto de la ex Yugoslavia y avanzar el proceso de paz del Oriente Medio. Las Naciones Unidas deben estar siempre dispuestas a dar su apoyo y aliento a la diplomacia preventiva y a los esfuerzos por establecer la paz, fuera del marco formal del sistema de las Naciones Unidas, y deben estar siempre alertas a las oportunidades previstas en la Carta para adelantar el programa de paz por intermedio de las organizaciones regionales. En este contexto, en el Pacífico asiático nos complace la rápida evolución del Foro Regional de la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN) en los últimos dos años como nuevo vehículo de diálogo y fomento de la confianza en nuestra región.

Se ha dado atención particular recientemente a la cuestión de mejorar la capacidad de reacción rápida de las Naciones Unidas y elogio cordialmente la labor que han hecho para aclarar nuestras ideas sobre estas cuestiones los Gobiernos de los Países Bajos y Dinamarca, y, en especial, el informe canadiense sobre una capacidad de reacción rápida para las Naciones Unidas, que acaba de presentarse a la Asamblea. Lo muy útil de dicho trabajo es el acento que se pone en mejorar primero la capacidad del sistema de las Naciones Unidas en su centro, especialmente en la esfera de la planificación operativa, alentando así una mayor disposición de los países que aportan contingentes para dar efecto más práctico y urgente a los arreglos sobre la capacidad de reserva.

Ningún arreglo en materia de organización habrá de sustituir la adopción de decisiones informadas del Consejo de Seguridad en cuanto a las respuestas y mandatos apropiados para situaciones particulares, pero la aplicación de los cambios de este tipo debe permitirnos estar mejor equipados como comunidad internacional para tratar en el futuro situaciones como la de Rwanda, donde nuestra respuesta de última hora fue tan trágicamente inadecuada.

El programa en materia de seguridad tiende a dominar la mayoría de las percepciones populares del papel de las Naciones Unidas, pero en la comunidad internacional nunca debemos permitir que nuestra atención sea desviada de las exigencias del programa de desarrollo, tan acuciantes hoy como siempre. Cuando dentro de algunos siglos los historiadores examinen este medio siglo habrán de recordar no

sólo la guerra fría y sus secuelas como la gran corriente internacional, sino el paso gigantesco de la descolonización, que tiene por lo menos tanta importancia.

La descolonización llevó al surgimiento de una economía mundial que durante muchos años estuvo dividida principalmente en dos categorías: los países desarrollados y los países en desarrollo. Pero el panorama actual es más complicado. Especialmente en razón de los cambios en los sistemas tecnológicos y de información, ahora vivimos en una economía global. Ninguna parte de ella está totalmente separada del todo y nadie puede actuar en esa economía de manera efectiva totalmente por sí solo. Dado que vivimos en una economía global, una parte clave de nuestra acción para tratar los problemas del desarrollo debe ser multilateral. Y el problema clave que enfrentamos, tanto multilateralmente como en nuestro papel de donantes bilaterales, es que dentro de la economía global la brecha entre países ricos y pobres, pese a todos los esfuerzos para resistirlo, ha aumentado. El hecho de que unos 1.300 millones de los 5.700 millones de habitantes del mundo vivan hoy en un nivel inaceptable de pobreza es moralmente insoportable y peligroso.

Las Naciones Unidas del futuro deben, como cuestión de máxima urgencia, forjar un nuevo programa de desarrollo y remodelar sus instituciones importantes para aplicar efectivamente ese programa. Esto es tan importante como cualquier tarea que encare al servicio de la familia humana, y al recrearse como institución idónea para el siglo XXI. Todos podemos ver ahora el programa. Ha sido descrito plenamente en la seis conferencias mundiales celebradas por las Naciones Unidas en los últimos cuatro años: las conferencias sobre la infancia, el medio ambiente, los derechos humanos, la población, el desarrollo social y ahora sobre la mujer. Ha habido también importantes estudios de las instituciones financieras internacionales y de instituciones académicas. Ahora sabemos lo que tenemos que hacer. Debemos decidirnos políticamente a hacerlo.

Al encarar estos distintos temas es importante, sin embargo, que no perdamos de vista aquellas regiones geográficas que requieren atención especial y donde el papel de las Naciones Unidas es más vital que nunca. La influencia e importancia de África sigue percibiéndose a través del mundo en toda esfera de la actividad y la cultura humanas. Los acontecimientos políticos estimulantes, incluso el fin del *apartheid*, han sido acompañados por grandes y nuevos esfuerzos para reestructurar y reformar las economías nacionales. Esos esfuerzos exigen el apoyo continuo de la comunidad internacional y, en particular, del sistema de las Naciones Unidas. Otras regiones donde las Naciones Unidas

deben desempeñar un papel especial para facilitar el desarrollo económico y social son las repúblicas centroafricanas, el Oriente Medio, el Caribe y varias zonas en la región del Océano Índico.

En la región del Océano Índico, como país de dicho océano así como también de la región de Asia y el Pacífico, Australia ha promovido, junto con otros en la región, esfuerzos gubernamentales y no gubernamentales para alentar la cooperación regional, especialmente en cuestiones económicas y comerciales. El éxito hasta ahora del Consejo de Cooperación Económica de Asia y el Pacífico (APEC) para desarrollar estrategias cooperativas en la región de Asia y el Pacífico destinadas a promover la prosperidad y la estabilidad, complementando el trabajo más amplio de las Naciones Unidas con estos objetivos a nivel internacional, brinda un modelo posible para los países de las márgenes del Océano Índico.

Las instituciones de las Naciones Unidas pertinentes al desarrollo económico y social necesitan ser reformadas con urgencia. Las Naciones Unidas han creado un grupo de trabajo de alto nivel necesario para el consenso político sobre esto. Deben completar su tarea en este cincuentenario y deben hacerlo en forma creativa, dejando de lado pasados intereses creados en el sistema. Debemos aplicar el programa de desarrollo en el futuro de tal manera que asegure a todos los Estados un lugar productivo y justo en la economía global.

El sistema complejo e intervinculado de principios, regímenes y mecanismos jurídicos que las Naciones Unidas establecieron para promover los derechos humanos es uno de sus principales logros. Debe exigirse y fortalecerse reconociendo siempre que los derechos humanos, cuya universalidad e indivisibilidad afirmamos, se refieren tanto a los derechos económicos, sociales y culturales, como a los derechos civiles y políticos sobre los cuales los países desarrollados tienden a concentrar su atención. Debe asignarse prioridad a los grandes instrumentos y mecanismos internacionales de los derechos humanos y a los comités que supervisen su aplicación. Por estos medios podemos proporcionar un diálogo franco, libre de enfrentamientos y constructivo entre los Estados partes.

Los servicios consultivos y las actividades de asistencia técnica de las Naciones Unidas también pueden desempeñar un papel en la promoción de la observancia de los derechos humanos y la aplicación de los principios democráticos en todo el mundo. Los programas para ayudar a los países a desarrollar instituciones y sistemas nacionales para promover y proteger los derechos humanos tendrán que

realzar su capacidad para impedir violaciones y aportar una contribución directa a la seguridad humana.

No puede recalcarse suficientemente que la paz y el desarrollo y los programas de derechos humanos que he mencionado se encuentran intervinculados. Tenemos que evitar la división en compartimientos que tuvo lugar durante los años de la guerra fría, en que las cuestiones de la paz y la seguridad, del desarrollo y los derechos humanos y la justicia se encontraban aisladas en casilleros conceptuales e institucionales completamente distintos. Todo concepto moderno viable de paz internacional, para no hablar de la paz entre los Estados, debe reconocer que la “paz y la seguridad” y el “desarrollo” se encuentran indisolublemente vinculados entre sí. No puede haber paz sostenible sin desarrollo ni desarrollo sin paz. Y los derechos humanos, en su sentido más pleno, tienen que entrar también en la ecuación. Es improbable que haya paz sostenible en una sociedad si se satisfacen las necesidades materiales pero no se satisfacen las necesidades de dignidad y libertad.

Ningún programa de fondo, por claro en sus conceptos y bien coordinado en principio que pueda ser, tendrá significado alguno para los pueblos si no se lo aplica mediante estructuras e instrumentos organizacionales. En años recientes ha habido un reconocimiento generalizado de que la estructura de las Naciones Unidas, que creció en los últimos 50 años, simplemente no se adecua a las tareas del próximo medio siglo.

Tenemos ahora una gran riqueza en lo que respecta a ideas y propuestas para llevar a cabo cambios en la organización de las Naciones Unidas. Así como es urgente que completemos la labor de “Un programa de desarrollo” en este cincuentenario, es igualmente urgente que completemos la labor del Grupo de Trabajo de alto nivel sobre la reforma del sistema de las Naciones Unidas, también dentro del cincuentenario.

El problema estructural probablemente más urgente de resolver, si se ha de mantener la credibilidad del sistema de las Naciones Unidas, es el del Consejo de Seguridad. El debate sobre este tema ha sido largo y detallado y nos es familiar a todos. La opinión definitiva de Australia es que ha llevado mucho tiempo y ahora nos encontramos en un momento en que se requiere la acción. El año pasado presentamos algunos modelos ilustrativos sobre cuya base podría prestarse consideración a una expansión del número de miembros del Consejo. Otros han hecho propuestas muy concretas. También en esta esfera no hay carencia de ideas. Lo que tenemos que hacer ahora es pasar a la etapa de forjar un consenso político sobre un nuevo Consejo de

Seguridad que represente efectivamente a todos los Miembros de las Naciones Unidas y refleje racionalmente las realidades presentes y del futuro, no las de 1945.

Hay muchos cambios estructurales y reformas personales que podrían y debieran hacerse dentro del sistema de las Naciones Unidas para mejorar su eficiencia. Pero a la postre la calidad de ese sistema depende de lo que estemos preparados a pagar por él.

Para comenzar, es importante apreciar el orden de magnitud de las cifras de que estamos hablando. Las funciones básicas de las Naciones Unidas, que incluyen la Sede en Nueva York, las oficinas en Ginebra, Viena y Nairobi, y las cinco comisiones regionales, cuestan apenas 1.200 millones de dólares. Para hacer sólo una comparación, diré que el año pasado el presupuesto anual de sólo un departamento de una ciudad de los Estados Unidos —el Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York— excedió esa suma de 1.200 millones en otros 600 millones.

El número total de personal necesario para cumplir las funciones básicas de las Naciones Unidas es de alrededor de 10.700. Comparemos esa cifra con la administración local de mi propia capital, Canberra —de nuevo, sólo una ciudad de uno de los 185 Estados Miembros de las Naciones Unidas— que tiene unos 22.000 empleados en la nómina pública.

El costo de las operaciones de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz realizadas el año pasado en Chipre, el Sáhara Occidental, la ex Yugoslavia y otros 13 lugares, fue de 3.200 millones de dólares. Esto es menos de lo que se necesita para administrar sólo tres Departamentos de la ciudad de Nueva York: el de Policía, el de Bomberos y el Correccional.

Si agregamos a las funciones básicas de las Naciones Unidas todos los programas y órganos conexos, incluido el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) y el Programa de las Naciones Unidas para la Fiscalización Internacional de Drogas (PNUFID), todavía estamos en un total de alrededor de 33.000 personas y un presupuesto total, incluidas las contribuciones obligatorias y voluntarias, de 6.300 millones de dólares. Eso parece mucho —bastante más que lo justo para las funciones básicas— pero no tanto cuando se considera, por

ejemplo, que el total de la facturación anual en todo el mundo de sólo una firma internacional de contabilidad, Price Waterhouse, es de alrededor de 4.500 millones de dólares.

Si vamos más allá y añadimos a las funciones básicas y programas conexos todos los demás programas y organismos especializados de toda la familia de las Naciones Unidas —como la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), la Organización Mundial de la Salud (OMS) y el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), y ponemos también en la ecuación todas las instituciones de Bretton Woods, como el grupo del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), que en conjunto emplean casi 10.000 personas y gastan cerca de 5.000 millones por año—, todavía estamos hablando de un personal de todo el sistema de las Naciones Unidas de alrededor de 61.400 personas y de un costo total de ese sistema de 18.200 millones de dólares.

Un total de 61.400 personas parece mucho, y lo es, pero quizás no sea tanto cuando se considera que más que este número —65.000 personas, de hecho— están empleadas en los tres parques Disney en California, Florida y Francia. Tres veces más personas que las que trabajan para el sistema de las Naciones Unidas venden hamburguesas de McDonald's en todo el mundo. Y 18.200 millones de dólares puede parecer mucho dinero, pero sólo una gran empresa multinacional, Dow Chemical, que casualmente también tiene 61.000 empleados en todo el mundo, tiene ingresos anuales de más de 20.000 millones de dólares.

Cuando se colocan los problemas financieros de las Naciones Unidas en este tipo de perspectiva, como creo que deberíamos hacer más a menudo, las soluciones no parecen realmente tan difíciles. Sin duda, entre nosotros, sólo con nuestros gastos de defensa, de alrededor de 767.000 millones de dólares, los 185 Estados Miembros podemos encontrar ese dinero. Pero, por supuesto, el problema de pagar el costo de las Naciones Unidas se ha hecho crítico debido a la falta de voluntad o incapacidad de tantos Estados Miembros, incluidos el mayor de todos nosotros, para pagar sus cuotas, no obstante que el costo de estas contribuciones, para los grandes países desarrollados contribuyentes, representa entre siete a 15 dólares por cabeza por año, el precio de no más de una o dos entradas de cine en esta ciudad.

Tenemos un problema a corto plazo, que creo se puede y debe resolver dentro del sistema de las Naciones Unidas permitiendo que la Organización tome préstamos del Banco Mundial. Pero también tenemos un problema a más largo plazo que, francamente, no parece que se vaya a resolver por más que sigamos trabajando en el ajuste de las escalas de cuotas, exhortemos a los Estados Miembros a que paguen y les recordemos las consecuencias del incumplimiento, de conformidad con Artículo 19 de la Carta.

Por lo tanto, ¿qué hemos de hacer con todo esto? En mi opinión, es el momento de volver a examinar, esta vez, ciertamente, con mucha seriedad, las opciones que existen para suplementar las contribuciones de los Estados Miembros con fuentes externas de financiación. Todavía no se ha calculado la posibilidad práctica de cobrar un impuesto sobre cada una de las transacciones de divisas, por valor de 300.000 millones de dólares, que tienen lugar todos los años, pero la simple aritmética nos dice que si logramos una tasa de impuesto de sólo el 0,001%, que muy probablemente no tenga ninguna consecuencia significativa, podríamos generar 3.000 millones de dólares de ingresos. Además, sabemos que si pudiéramos imponer un gravamen a los pasajeros de aerolíneas internacionales, de 10 dólares por cada viaje internacional, que sería realmente muy fácil de cobrar, también podríamos recaudar 3.000 millones de dólares: casi la totalidad del costo anual de las operaciones de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz.

Hay también otras alternativas de ingresos que tienen, en mayor o menor medida, el mismo nexo racional con los costos de las Naciones Unidas, en el sentido de que implican transacciones internacionales que tienen lugar en un marco de derecho y cooperación proporcionado por las Naciones Unidas y que pueden ser perjudicadas por un quebrantamiento de la paz y la seguridad internacionales, precisamente las esferas en que la Organización tiene una responsabilidad fundamental.

Pero tradicionalmente se ha presentado una objeción de principio contra estos argumentos. Se ha dicho que los Estados Miembros deben ser propietarios absolutos del sistema de las Naciones Unidas; que si la Secretaría tuviese acceso directo a ingresos procedentes de otras fuentes que las del prorrateo de cuotas asignadas a los Estados Miembros, quién sabe qué aventuras podrían correrse. Pero el título de propiedad y el control son temas completamente separados. Las Naciones Unidas funcionan sobre un principio de igualdad soberana, lo que significa, por ejemplo, que los seis Estados que, en su conjunto, pagan actualmente más del 65% del presupuesto ordinario de las Naciones Unidas, en ninguna circunstancia deberían tener más autoridad,

sobre la forma en que se gasta el dinero, que la abrumadora mayoría de los Miembros, cada uno de los cuales paga en proporciones mucho menores del total.

Cualesquiera sean las fuentes de financiación, la cuestión fundamental es, ciertamente, cómo se gasta y quién gasta el dinero. Es absolutamente esencial que los Estados Miembros tengan un control apropiado de los fondos, con todos los mecanismos de rendición de cuentas que ello implica. Pero eso no quiere decir que, en primer lugar, los propios Estados Miembros tengan que suministrar todos los fondos.

Al hablar, estos últimos días, de estos problemas con muchos de mis colegas de nivel ministerial, provenientes de una amplia gama de países y de todos los continentes, he hallado una reacción prácticamente unánime en el sentido de que la crisis financiera actual de las Naciones Unidas, que probablemente continúe, exige que estos temas sean examinados nuevamente, sin prejuicio sobre las cuestiones de principio o las posibilidades prácticas.

En consecuencia, sugiero que ha llegado el momento de que el Secretario General convoque una vez más a un grupo asesor de alto nivel, como el grupo Volcker-Ogata creado en 1992, con el mandato de pensar detenidamente sobre lo que hasta el momento ha sido más o menos impensable: cómo financiar el sistema de las Naciones Unidas en una forma que vaya más allá de los recursos que los Estados Miembros estén dispuestos a asignarles directamente. Dicho grupo podría informar a un comité de representantes de los Estados Miembros, o trabajar con él: uno que ya exista, como el Grupo de Trabajo de alto nivel y composición abierta encargado de examinar la situación financiera de las Naciones Unidas, o uno que se cree con ese fin.

Ya se ha trabajado mucho sobre muchas de estas cuestiones, y debería ser posible que dicho grupo presentara un informe en el plazo de seis meses, aproximadamente, y ciertamente dentro de un año. Los parámetros del debate tienen que cambiarse, y para que ello suceda necesitamos una nueva declaración autorizada de lo que es el arte de lo posible.

Aquí, como en otras partes, tenemos que avanzar. Tenemos que buscar nuevas ideas. Tenemos que estimular el ingenio de la humanidad para buscar formas mejores de que los Estados traten unos con otros a medida que las relaciones toman nueva forma, al surgir Estados nuevos y cuando los problemas que no se podían concebir hace pocos años sean los retos del presente.

No estaremos a la altura de estos retos si sólo adherimos a las ideas y dogmas del pasado. Las propias Naciones Unidas fueron fundadas sobre una mezcla de idealismo y pragmatismo. Ambos elementos fueron fundamentales para construir un nuevo mundo hace 50 años, y en los últimos 50 años ese idealismo no ha desaparecido. Fue una fuerza importante para lograr el final de la guerra fría y, más que ninguna otra cosa, fue idealismo lo que estaba tras el proceso de descolonización, que cambió tanto las placas tectónicas de la historia.

Para algunos, el idealismo será el enemigo de lo práctico. Pero para otros siempre implicará, más que ninguna otra cosa, el valor de aprovechar nuevas oportunidades, y de asegurar que por lo menos algunos de los ideales de hoy se conviertan en las realidades de mañana. Quizás ahora, 50 años después de San Francisco, necesitamos renovar ese idealismo y adentrarnos en esas sendas no trazadas que los idealistas siempre han estado dispuestos a recorrer.

El Presidente interino (*interpretación del inglés*): Tiene la palabra el Secretario de Relaciones Exteriores de Filipinas, Su Excelencia el Sr. Domingo Siazon.

Sr. Siazon (Filipinas) (*interpretación del inglés*): Señor Presidente: En nombre de la delegación filipina, felicito con un fervor especial al Sr. Freitas do Amaral por haber sido elegido Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas en este período de sesiones histórico.

Permítaseme manifestar el agradecimiento de mi delegación al Excelentísimo Sr. Amara Essy, Ministro de Relaciones Exteriores de Côte d'Ivoire, por el modo excelente en que nos dirigió durante el cuadragésimo noveno período de sesiones.

También rendimos homenaje al Secretario General Sr. Boutros Boutros-Ghali, y a los hombres y mujeres de la Secretaría que el año pasado llevaron a cabo sus indispensables tareas en condiciones de gran dificultad tanto para ellos como para la Organización.

Dentro de tres semanas, la mayoría de los Jefes de Estado o Gobierno del mundo se reunirán en este Salón para conmemorar el cincuentenario del nacimiento de las Naciones Unidas. Sin duda recordarán cómo se reunieron en San Francisco los padres fundadores de nuestra Organización animados por su decisión de transformar el mundo. Se trataba de un mundo devastado por una guerra mundial. Como la mayoría de las guerras, fue una guerra iniciada por la propensión y capacidad de las naciones

de utilizar la fuerza para adquirir territorio y recursos, para vengar errores del pasado o para fomentar, a costa de otros, la seguridad y el bienestar de su propio pueblo.

Este fue el mundo para cuya transformación se crearon las Naciones Unidas. Nuestros padres fundadores fueron lo suficientemente idealistas para insistir en que los asuntos de la guerra y la paz tenían que resolverse en última instancia en los corazones y las mentes de los hombres y las naciones; pero fueron lo suficientemente realistas para reconocer que se necesitaban medidas y criterios prácticos para disuadir del empleo de la fuerza y mitigar sus efectos. Fueron lo suficientemente realistas para aceptar que a los Estados que tenían preponderancia militar había que permitirles una gran medida de autoridad y responsabilidad; pero fueron lo suficientemente idealistas para esperar que esos Estados utilizaran su poder en beneficio de todos.

Con la percepción retrospectiva de 50 años, podemos ver que las Naciones Unidas no han realizado plenamente la visión que los fundadores tenían de ellas, pero tuvieron más éxito del que era razonable esperar en la época de su fundación. Se le evitó al mundo otro cataclismo mundial. La labor callada de las Naciones Unidas, especialmente por medio de sus organismos especializados, avanzó el bienestar y aumentó el nivel de vida de incontables millones en todo el mundo.

No obstante, es lamentable que estos logros importantes se vieran contrarrestados de forma fundamental por el desafío constante y repetido a los propósitos proclamados de las Naciones Unidas por tantos hombres y naciones en tantas ocasiones. Casi desde el principio de la existencia de las Naciones Unidas, y a pesar de las Naciones Unidas, el ser humano persistió en su capacidad, propensión y voluntad de emplear la fuerza con el fin de lograr sus objetivos nacionales o ideológicos. Si la paz se mantuvo a nivel mundial, se debió exclusivamente a que la amenaza mutua de la aniquilación nuclear disuadió el lanzamiento de una guerra en gran escala. En la economía internacional, los países tuvieron que mendigar a sus vecinos a través de la utilización descarada de toda una gama de instrumentos proteccionistas y mercantilistas.

Hoy, sin embargo, en el cincuentenario de las Naciones Unidas, podemos decir con cierta credibilidad que el mundo sin duda ha sido transformado, y podemos esperar, con cierto grado de realismo, que pueda lograrse en gran parte la visión idealista de las Naciones Unidas.

Uno de los objetivos fundamentales de las Naciones Unidas —la liberación de las naciones colonizadas— se ha

logrado en gran medida. Las Potencias armadas más poderosas del mundo se han apartado del borde de la aniquilación nuclear. Los campos ideológicos que poseen armas nucleares ya no se enfrentan mortalmente y la supervivencia de la humanidad ya no pende del peligroso equilibrio de la amenaza nuclear mutua. Filipinas se alegra de la decisión adoptada hace unos meses para prorrogar de forma indefinida el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) y hace un llamamiento para que se concluya a principios del año próximo un tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares que ponga fin definitivamente a todos los ensayos nucleares.

La comunidad internacional ha llegado a un acuerdo sobre la eliminación de otros dispositivos de destrucción en masa y de armas inhumanas. En particular, Filipinas insta a la ratificación y el fortalecimiento de la Convención sobre armas inhumanas de 1980. Hacemos un llamamiento a favor de la pronta entrada en vigor de la Convención sobre las armas químicas y la plena aplicación de la Convención sobre la prohibición del desarrollo, la producción y el almacenamiento de armas bacteriológicas (biológicas) y tóxicas y sobre su destrucción.

En lugar del empleo y la amenaza de la fuerza, cada vez más naciones han recurrido al diálogo y a la reconciliación para resolver las controversias que tienen en su seno o con sus vecinos, incluso en el caso de conflictos que los "realistas" habían considerado insolubles. Prácticamente a lo largo de toda su existencia, las Naciones Unidas han tenido que ocuparse de los conflictos en el Oriente Medio. Sin embargo, hace sólo cuatro días, Israel y la Organización de Liberación de Palestina (OLP), con la aprobación de otros Estados de la zona, dieron otro paso importante en el difícil camino hacia la paz. En Sudáfrica, donde un régimen minoritario oprimió durante mucho tiempo a la mayoría con una crueldad sistemática, ahora un gobierno multirracial administra el país con un éxito que ha superado incluso las expectativas más fervientes del mundo. En América Latina viejas controversias territoriales son ahora objeto del diálogo y la consulta.

En nuestra propia región, la solución política del conflicto de Camboya y el surgimiento de un Gobierno elegido en aquel país, que tanto tiempo ha sufrido, destaca como un logro histórico de las Naciones Unidas, así como de los países de la región, un triunfo de la negociación sobre la fuerza de las armas.

Celebramos el acuerdo que tan penosamente se elaboró hace un año para evitar el desarrollo de armas nucleares en la península de Corea. Exhortamos a que se reanuden

conversaciones serias entre Corea del Norte y Corea del Sur como una nueva contribución a la paz y a la reconciliación en nuestra región. El Gobierno de Myanmar ha convenido una cesación del fuego y ha emprendido negociaciones con todas las minorías nacionales del país excepto con una, un acontecimiento notable en un país asolado por el conflicto interétnico durante largo tiempo.

Acorde con la difusión del espíritu de diálogo y reconciliación, se ha extendido por el mundo una fe en la eficacia de las fuerzas del mercado y de la liberalización económica como condición y estímulo del desarrollo. Las políticas que se derivan de esta fe han liberado las energías productivas de muchos pueblos del mundo, un acontecimiento que es en gran medida responsable del crecimiento económico notable de los países en muchas partes del mundo. La liberalización de las transacciones económicas internacionales y la resultante interdependencia de la economía mundial han elevado la apuesta de las naciones a favor de la prosperidad de las otras, mejorando así considerablemente las perspectivas de una paz y estabilidad duraderas. Así pues, el Consejo de Cooperación Económica en Asia y el Pacífico (APEC), en el que Filipinas es un activo participante fundador, está consagrado exclusivamente a la colaboración económica.

Empero, uno de sus subproductos positivos es el fortalecimiento de la paz y la seguridad en la región de Asia y el Pacífico, ya que ahora los países que forman parte del Consejo de Cooperación Económica en Asia y el Pacífico (APEC) tienen un interés cada vez mayor en el progreso económico y la estabilidad política de los demás.

En mi país, Filipinas, encontramos un microcosmos de la tendencia mundial a la reconciliación política, la liberalización de la economía y el regionalismo. Las conversaciones de paz que estamos iniciando con grupos rebeldes en el espíritu de reconciliación nacional han dado lugar a una nueva estabilidad en el país, creando el clima de tranquilidad tan necesario para el resurgimiento de la economía.

Los rebeldes militares se han beneficiado con un programa de amnistía. Muchos de ellos procuran el logro de sus objetivos para el país mediante el sistema político legal. Recientemente uno de ellos fue elegido Senador de la

República. El Gobierno ha negociado en Europa con los dirigentes exiliados por su propia voluntad del Partido Comunista, cuya existencia es ahora legal en Filipinas y cuyos miembros son libres de presentar su candidatura en las elecciones de Filipinas.

Con la asistencia del Comité de los Seis de la Organización de la Conferencia Islámica y bajo la Presidencia de Indonesia, se están celebrando negociaciones con el Frente de Liberación Nacional Moro. Esas negociaciones han tenido como resultado una cesación del fuego y un acuerdo sobre más del 80% de las cuestiones debatidas. La paz en el sur de Filipinas ha hecho posible un aumento extraordinario del crecimiento económico de esa región. Hemos abierto ampliamente las puertas de la economía de Filipinas, recibiendo inversiones extranjeras y permitiéndole el ingreso de la competencia extranjera. Hemos reducido nuestras barreras al comercio, en cumplimiento de compromisos internacionales o a través de medidas unilaterales.

Uno de los resultados de estas reformas estructurales es un índice de crecimiento respetable, aun para las normas de nuestra región en rápido crecimiento. Hay amplias perspectivas de que continúe este índice de crecimiento, ya que se basa en cimientos de política sólidos y ocurre dentro de un sistema de democracia pluralista, respeto de los derechos humanos y el imperio del derecho.

Hemos fortalecido nuestros vínculos con nuestros vecinos, sobre todo a través de la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN). Hemos abordado cuestiones fronterizas y controversias territoriales, incluidos los reclamos en conflicto relativos al Mar de China Meridional, mediante el diálogo pacífico y las consultas.

El mejoramiento general de la seguridad mundial, el aumento de la prosperidad mundial y la intensificación de la cooperación regional deben ser motivos de esperanza, pero no deben llevar a que nos demos por satisfechos, ya que han surgido nuevas amenazas por enfrentar y se han acrecentado la magnitud y la virulencia de otras ya existentes.

La disolución de los bloques de poder ha desencadenado un tribalismo latente, que se había visto sujeto a limitaciones autoritarias. Una de las manifestaciones más salvajes de esto ha tenido lugar en Bosnia y Herzegovina.

El terrorismo internacional se ha transformado en una amenaza mundial. El narcotráfico socava la trama de la sociedad. La trata de mujeres y niños es un delito que exige

la adopción de medidas cooperativas internacionales para combatirlo.

La reciente reanudación de ensayos nucleares por dos de los Estados poseedores de armas nucleares plantea una amenaza inmediata a la salud de los pueblos, el medio ambiente natural y el régimen de no proliferación. Reiteramos nuestra condenación de esos ensayos y pedimos que se les ponga fin ahora y para siempre.

Aunque el concepto de liberalización económica se ha adoptado casi universalmente como condición y catalizador del desarrollo, muchos países han recurrido a medidas ingeniosas de proteccionismo encubierto. Muchos países en desarrollo siguen trabajando, como Sísifo, bajo la carga abrumadora de la deuda externa.

La escasez de mano de obra en economías ricas en recursos o de rápida industrialización ha causado la migración en gran escala de trabajadores a través de las fronteras nacionales. Su presencia en territorios extranjeros los ha colocado en posiciones de vulnerabilidad, que requieren cooperación internacional para la protección de sus derechos y dignidad de seres humanos.

Filipinas hace un llamamiento a todos los Estados para que ratifiquen la Convención Internacional sobre la protección de los derechos de todos los trabajadores migratorios y de sus familiares. Filipinas se suma al Grupo de los 77 para pedir la convocación de una conferencia mundial sobre migración internacional celebrada con los auspicios de las Naciones Unidas.

Mi delegación tiene previsto procurar enérgicamente la aplicación de las resoluciones de la Asamblea General sobre la violencia contra las trabajadoras migratorias y la trata de mujeres y niñas.

Estos son algunos de los desafíos más destacados que enfrentan las Naciones Unidas al ingresar en su segundo medio siglo y aproximarse al próximo milenio. Sin embargo, las Naciones Unidas no pueden responder a los desafíos de hoy y del siglo próximo con la organización y los procedimientos de hace 50 años.

El carácter de las nuevas amenazas a la paz y la seguridad internacionales requieren un examen de las operaciones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas, a fin de racionalizarlas y hacerlas más eficaces.

A estas alturas, cabe recalcar que, cualesquiera sean las medidas que se convengan, deberán financiarse

adecuadamente, de acuerdo con la capacidad y el grado de responsabilidad de los Estados Miembros, y no sacrificando los programas de desarrollo.

Las Naciones Unidas se encuentran en una situación financiera desesperada. No podemos exigirles el cumplimiento de tareas que no estamos dispuestos a financiar. No podemos simplemente utilizar a las Naciones Unidas pero retirarles los recursos necesarios para su funcionamiento eficaz. Año tras año, exhortamos a una mejor gestión de las Naciones Unidas. Filipinas apoya esta exhortación y expresó firmemente su posición en este Salón el año pasado.

Al mismo tiempo, cabe señalar que las Naciones Unidas no pueden gestionarse de manera eficaz si tienen una incertidumbre constante acerca de los recursos a su disposición. Por lo tanto, hacemos un llamamiento a todos los Estados Miembros, en especial a los contribuyentes más importantes, para que se pongan al día con sus cuotas atrasadas, paguen sus deudas y lo hagan a tiempo.

Últimamente hemos escuchado la propuesta de que, al tratar de lograr la economía y la eficiencia en las Naciones Unidas, debemos hacerlo en la esfera económica y social, en los órganos cuyo mandato es promover los intereses de los países en desarrollo, eliminando organismos y suprimiendo programas. Apoyamos la racionalización de las instituciones y los programas de desarrollo multilateral, pero no podemos aceptar las decisiones de abolir organismos de desarrollo en nombre de “la división de tareas” o “la ventaja comparativa”.

Lo que la comunidad internacional debe hacer respecto de esos organismos —y también respecto de las instituciones de Bretton Woods y los bancos de desarrollo regional— es aumentar sus recursos, no reducirlos. Deploramos la posición de algunas Potencias que se niegan a aumentar sus contribuciones a las instituciones financieras internacionales y regionales, pero que, en su deseo de mantener un papel dominante en esos órganos, impiden que otros incrementen sus propias contribuciones.

Todos hemos venido a este período de sesiones dispuestos a abordar la cuestión relativa a la reforma de la estructura del Consejo de Seguridad. La estructura del Consejo ya no es adecuada para enfrentar las exigencias nuevas y ampliadas que se hacen en relación con su mandato y ya no refleja la dimensión y la composición de las Naciones Unidas. Filipinas apoya plenamente el aumento del número de miembros del Consejo, a fin de asegurar la representación equitativa de todas las regiones y de los países en desarrollo.

No obstante, toda reforma debe ir más allá de la cuestión relativa a la composición. Deben reexaminarse la cuestión del veto y los métodos de trabajo y procedimientos del Consejo, a fin de asegurar la mayor transparencia posible y la participación de la gama de países más amplia posible. El carácter fundamental de sus decisiones requiere que se haga esto como mínimo.

Al mismo tiempo, la importancia creciente del papel de las Naciones Unidas exige que su composición, como sus funciones, reflejen las realidades actuales. Por consiguiente, es necesario considerar la propuesta de que en aras de los intereses superiores de la universalidad, ningún grupo importante de población debe quedar sin representación en las Naciones Unidas.

En este cincuentenario, al recordar los principios por los cuales se fundó nuestra Organización y sus objetivos fundamentales, al examinar su mandato, al evaluar sus aspectos fuertes y débiles, sus éxitos y fracasos, no debemos perder de vista el hecho de que todos nuestros trabajos en las Naciones Unidas tienen como centro y objeto al ser humano, su seguridad, dignidad y bienestar, por encima de la ideología, de la religión e incluso del propio Estado.

A medida que se reducen las distancias en nuestro planeta, proceso en el cual colaboraron en no poca medida las Naciones Unidas, centenares de millones de personas claman por el reconocimiento de sus facultades y por el respeto universal de sus derechos y su dignidad.

En el cincuentenario de nuestra Organización, debemos escuchar su clamor si queremos ser fieles a su mandato y a su misión.

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Doy ahora la palabra al Ministro de Relaciones Exteriores de Viet Nam, Su Excelencia el Sr. Nguyen Manh Cam.

Sr. Nguyen Manh Cam (Viet Nam) (*interpretación del francés*): Permítaseme, en primer lugar, en nombre de la delegación de la República Socialista de Viet Nam, felicitar al Sr. Diogo Freitas do Amaral por haber sido elegido para presidir este período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que reviste una importancia histórica pues coincide con el cincuentenario de nuestra Organización. Estoy convencido de que bajo su conducción, este período de sesiones ha de verse coronado por el éxito.

Igualmente deseo aprovechar la presente oportunidad para expresar nuestro agradecimiento por las actividades diligentes y eficaces realizadas por su predecesor, Su Excelencia el Ministro Amara Essy.

También quiero manifestar todo nuestro reconocimiento por la perseverancia de que ha dado muestras el Secretario General, Sr. Boutros Boutros-Ghali, al servicio de la labor común de los pueblos en pro de la paz, la independencia nacional y el desarrollo.

Este año, la Asamblea General nos ofrece una oportunidad especial para hacer un balance de la evolución del mundo y del crecimiento de las Naciones Unidas durante los 50 años transcurridos desde la finalización de la segunda guerra mundial. De la corriente tumultuosa de la historia de la humanidad en el curso de este medio siglo, tratemos de determinar lo que ha cambiado y lo que no se ha modificado o no se puede modificar. Sin esa visión lúcida no podríamos trazar el sendero que nos lleve hacia el siglo XXI ni encontrar la convicción que nos permita construir unas Naciones Unidas que respondan a las expectativas de cada uno de nosotros.

Si la primera mitad del siglo XX dejó en la memoria de la humanidad los pesados recuerdos de dos terribles guerras mundiales, en la segunda mitad de este siglo, a pesar de encarnizadas guerras locales —como las de Indochina, Corea, Viet Nam—, los pueblos no han tenido que revivir los horrores de un enfrentamiento mundial. Además, luego de numerosos decenios en los que hubo una desenfrenada carrera de armamentos, el mundo emprendió el camino de la razón, fijándose como objetivo a largo plazo el desarme general y completo, en especial en la esfera de las armas nucleares y otras armas de destrucción en masa. Recientemente, la prórroga indefinida del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) había suscitado numerosas esperanzas. Sin embargo, los ensayos nucleares llevados a cabo desde entonces provocaron la desilusión de la opinión pública internacional y plantearon, por consiguiente, el imperativo para todos los Estados, en primer lugar las Potencias nucleares, de redoblar sus esfuerzos con plena responsabilidad a fin de lograr la concertación de un tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares durante el año próximo. Si bien el peligro de una guerra mundial y de un enfrentamiento nuclear se ha alejado, la paz y la seguridad todavía no son una realidad para muchas regiones y países aquejados por conflictos étnicos, raciales y religiosos o por actividades terroristas que asumen formas alarmantes. En el difícil caso de Bosnia, es necesario alcanzar una solución pacífica que descarte la imposición de medidas, vengan éstas de donde vinieren, que

puedan complicar aún más la situación y provocar mayores sufrimientos a la población multiétnica de Bosnia.

El medio siglo transcurrido constituye igualmente un capítulo brillante en la historia de la lucha de los pueblos por la reconquista de la independencia y de la soberanía nacionales y del derecho a ser dueños de su propio destino y aspirar al bienestar, a la libertad y a la igualdad en el seno de la comunidad de naciones. La comunidad internacional sigue con atención el proceso de paz en el Oriente Medio y se felicita por los recientes progresos alcanzados. Sólo una voluntad política inquebrantable y el respeto por los derechos nacionales fundamentales del pueblo palestino y los intereses legítimos de todas las partes interesadas han de permitir que se asegure una estabilidad duradera en esa región del mundo.

En la práctica, sin embargo, los principios fundamentales y universales de la soberanía nacional y de la igualdad soberana son todavía ignorados o violados debido a la desigualdad y a la falta de democracia que mancillan todavía el sistema de las relaciones internacionales y a los actos de imposición o de injerencia en los asuntos internos de otros países por diversas razones y por distintos motivos.

Al final del siglo XX, las conquistas del hombre en la esfera de la ciencia y la tecnología, de la información y de la producción, como también la asidua labor de las naciones, nos han dado un mundo más próspero, más vibrante, en el que el crecimiento exponencial de los intercambios materiales y no materiales propicia una mayor comprensión mutua y el acercamiento entre los pueblos. De todas maneras, nuestra conciencia no puede permanecer tranquila frente al panorama escandaloso de una quinta parte de la humanidad que vive en una pobreza abyecta y el desafío de la disparidad gigantesca que separa el promedio anual del producto nacional bruto por habitante de los países menos adelantados, que es de apenas 200 dólares de los Estados Unidos, y el de los países industriales adelantados, que supera en más de cien veces a esa cifra. Además, todas las naciones, independientemente del continente en el que se encuentren, enfrentan problemas mundiales que amenazan los logros económicos y los progresos obtenidos en su calidad de vida.

Hoy, la humanidad comprende de manera más clara y más profunda la totalidad del desarrollo, de la paz y de la seguridad; entiende mejor el vínculo y la interrelación entre el desarrollo económico y el desarrollo social, entre la seguridad interna y la seguridad externa, entre la seguridad económica, social y militar.

Otra realidad de nuestro mundo actual, de un alcance vasto y profundo para cada pueblo y cada persona, consiste en el papel creciente del derecho internacional que por intermedio de instrumentos y de instituciones multilaterales vincula a los pueblos y armoniza y circunscribe las acciones de los Estados. Este papel es tanto más crucial ante la tendencia a confundir la línea que separa el espacio de la jurisdicción nacional y el de la competencia internacional, o a extender la jurisdicción de un país más allá de sus fronteras. La opinión internacional se inquieta cada vez más ante el hecho de que la ejecución de sanciones deriva hacia una forma de castigo o de venganza con fines políticos particulares, en contravención de los objetivos originales enunciados por la Carta de las Naciones Unidas. Igualmente, ante el hecho de que estas sanciones afectan, sobre todo, la vida y la salud de la población civil inocente, se considera también inaceptable la prolongación de aquellas que hacen caso omiso de su eficacia o de sus consecuencias. Por lo tanto, la opinión pública no puede sino manifestarse contra la imposición durante largos decenios de sanciones unilaterales como es el caso del bloqueo contra Cuba. Expresamos nuestra profunda simpatía ante las dificultades que enfrenta el pueblo cubano y exigimos enérgicamente que se levante el embargo contra Cuba, así como la aplicación rápida y efectiva de las resoluciones pertinentes de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

En breve, cincuenta años después de la segunda guerra mundial el mundo nos ofrece un cuadro de contrastes entre continuidad y cambio, entre estancamiento y desarrollo, entre estallido e integración. Asistimos, en especial, a un proceso de integración vasto y profundo bajo el impacto de la interdependencia, la regionalización y la globalización. Por lo demás, la potente vitalidad y la determinación tenaz que impulsan a los pueblos a preservar sus tradiciones nacionales y sus identidades culturales demuestran su voluntad de salvaguardar en el seno del proceso inevitable de integración internacional algo de estable y de perdurable, que una el presente de cada nación a las raíces de sus tradiciones, así como la necesidad de afirmar la singularidad de cada sociedad, de cada nación, de cada comunidad, y no solamente de cada persona. La historia de los últimos cincuenta años está allí para demostrarlo.

Las Naciones Unidas han perdurado a través de medio siglo de pruebas durante e inmediatamente después de la guerra fría, y se han desarrollado. Todos los Estados del mundo, incluidos aquellos que todavía no son miembros de la Organización, reconocen el papel irremplazable que las Naciones Unidas deben desempeñar como centro de armonización de las acciones de los Estados-naciones en un

mundo en rápido y complejo cambio dentro del marco de una interdependencia cada vez mayor.

Como ya lo subrayé con anterioridad, las Naciones Unidas tienen en su activo varios logros alentadores al servicio de la paz y del desarrollo, de la igualdad y de la justicia. No obstante, habida cuenta de la velocidad y de la magnitud de la transformación del mundo, es cierto que las Naciones Unidas no se reformaron a tiempo ni se ajustaron al ritmo de la situación y de los acontecimientos, por lo que no han logrado responder a las necesidades de los pueblos. Estimamos que las operaciones de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz deben observar estrictamente el principio de respeto de la independencia, de la soberanía territorial, de la no injerencia en los asuntos internos de los Estados, así como deben ir acompañadas de la búsqueda perseverante de una solución pacífica para los conflictos. Es necesario que las Naciones Unidas extraigan lecciones de los éxitos y de los fracasos de las recientes operaciones de mantenimiento de la paz, con el fin de cumplir de mejor manera las responsabilidades que les confía la comunidad de Estados Miembros. Es cierto que dentro de algunas semanas, cuando todos celebremos solemnemente el cincuentenario de la fundación de las Naciones Unidas, nuestros Jefes de Estado y de Gobierno expresarán las esperanzas que depositan sus pueblos en las Naciones Unidas y, por consiguiente, la necesidad imperiosa de hacer de éstas un instrumento eficaz al servicio de los ideales y de los intereses comunes de la humanidad en el siglo venidero. Se trata para las Naciones Unidas, en tanto se aboquen a la solución de los problemas acuciantes de nuestro tiempo, de continuar manteniendo en alto el espíritu progresista de la Carta y de poner adecuadamente en práctica, con toda la atención necesaria, el programa de paz y el programa de desarrollo, a fin de poder superar la disparidad entre el querer y el poder. De ese modo, las Naciones Unidas podrán ser verdaderamente el representante, en el sentido más pleno de la palabra, de las aspiraciones y de los intereses de todos sus miembros en cuanto a su estructura y organización, así como en cuanto atañe a su programa, su mandato o su modo operativo. Esto exige para nuestra Asamblea General un papel esencial a desempeñar, como lo recordó el Secretario General en su alocución en la apertura de nuestro período de sesiones, a saber, que en virtud del principio de la "igualdad de las naciones grandes y pequeñas" es la Asamblea General la que está investida de legitimidad democrática de nuestra Organización mundial.

El Sr. Kittikhoun (República Democrática Popular Lao), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

En lo esencial aprobamos el tenor general del proyecto de declaración con motivo del cincuentenario de las Naciones Unidas. Estimamos que conviene especialmente reafirmar los principios de respeto de la independencia, la soberanía y la igualdad soberana, así como de la integridad territorial y la no intervención en la jurisdicción y en los asuntos internos de otros países, el arreglo pacífico de las controversias y el no recurrir a la fuerza ni a la amenaza al uso de la fuerza. Al mismo tiempo, no hay que dejar de lado el papel positivo que han desempeñado y que debieran seguir desempeñando las Naciones Unidas para garantizar el derecho a la libre determinación de los pueblos y para ayudar a los pueblos de los distintos países a realizar su derecho al desarrollo. La declaración tampoco puede dejar de mencionar dos preocupaciones muy actuales: por una parte, la necesidad de un Consejo de Seguridad más eficaz y más representativo, cuyos trabajos sean transparentes y, por la otra, la exigencia de garantizar los recursos necesarios para permitir que las Naciones Unidas cumplan plenamente su misión.

Viet Nam reconoce una simple realidad de todos los días que hace que los que contribuyen más disfruten de más derechos, en tanto que, a la inversa, los que tienen más derechos debieran hacer gala de una mayor responsabilidad. Deriva de ello que los países más ricos deben dar el ejemplo cumpliendo plena y puntualmente sus obligaciones financieras que revisten un carácter crucial con respecto a nuestra Organización en la etapa actual. Aprobamos más particularmente el acento primordial que se pone en el proyecto de declaración acerca de la pobreza que aflige a miles de millones de seres humanos de nuestro planeta, así como el lugar central que debe acordarse a la persona humana en el proceso de desarrollo.

Esas son algunas observaciones preliminares.

En un mundo en increíble mutación, la región del Asia y el Pacífico en general y del Asia sudoriental en particular se dirigen en la actualidad hacia una era nueva caracterizada por cambios profundos y portadora de promesas de cooperación pacífica y de desarrollo dinámico. La característica sobresaliente estriba en la conciencia y en los esfuerzos comunes del conjunto de la región para construir un medio ambiente pacífico y estable propicio para el desarrollo de cada país de la región y de toda la región. Por ser parte de la región y como miembro de la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN), Viet Nam contribuirá activamente a la puesta en práctica de estos objetivos comunes.

La adhesión oficial de Viet Nam a la ASEAN en julio pasado, la participación de Laos y Camboya como observadores y el acceso de Myanmar al Tratado de Bali han abierto perspectivas a un mayor fortalecimiento de la cooperación en el conjunto de la región al convertirse la ASEAN en una asociación de la que forman parte la totalidad de los 10 países de la región. Esto sirve de base y de elemento constitutivo para un Asia sudoriental de paz, estabilidad y prosperidad. Juntamente con los otros países interesados, los países de la ASEAN acaban de organizar el segundo Foro Regional de la ASEAN en el cual los países participantes acordaron promover la cooperación en pie de igualdad entre todas las partes, según un calendario y un proceso adecuados y, a corto plazo, reforzando las medidas de fomento de la confianza a fin de consolidar la paz y la seguridad de la región.

Junto con esta tendencia general positiva, existe de forma latente en esta región un cierto número de factores desestabilizadores. La controversia en el Mar del Este y otros acontecimientos recientes siguen preocupando a los países de la región y a países fuera de ella. A este respecto reiteramos una vez más nuestra posición a favor de una solución lograda a través de negociaciones pacíficas sobre la base de los principios enunciados en la Declaración de Manila de 1992 y reiterados en la reciente Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores de la ASEAN celebrada en Brunei, y de conformidad con el derecho internacional, en particular la Convención sobre el Derecho del Mar de 1982 que entró en vigor a finales de 1994. A la espera de una solución fundamental y duradera a esta controversia, las partes interesadas deben mantener el statu quo y evitar todo acto que pueda complicar más la situación, en especial el uso de la fuerza o la amenaza del uso de la fuerza.

El año 1995 reviste gran importancia histórica para Viet Nam. Al sumarnos a la comunidad internacional en la preparación del cincuentenario de nuestra Organización, nuestro pueblo está celebrando solemnemente varios acontecimientos importantes, en especial el cincuentenario de la proclamación de nuestra independencia. A lo largo del medio siglo transcurrido, nuestro pueblo ha sufrido innumerables sacrificios materiales y humanos para salvaguardar nuestra independencia nacional, ha atravesado muchas pruebas y dificultades para superar las consecuencias enormemente pesadas de guerras largas y duras a fin de edificar y desarrollar el país. Gracias a la voluntad de toda la nación, unida en el corazón y en la acción, el proceso de

reforma y renovación emprendido en estos últimos 10 años ha logrado éxitos iniciales importantes, lo que nos ha permitido pasar a una nueva fase de desarrollo: la industrialización y la modernización del país.

En estos últimos años nuestra economía creció de forma continua a una tasa de crecimiento anual del 8,2%, acompañada por un ritmo del 20% en el crecimiento de las exportaciones y del 40% en las inversiones extranjeras. El nivel de vida de la población no ha dejado de mejorar. Nuestro desarrollo económico lo vinculamos cada vez más estrechamente a nuestro desarrollo social y cultural. Nuestro objetivo es edificar un Viet Nam rico y fuerte en una sociedad justa y civilizada. Así, junto con las reformas económicas, hemos emprendido un proceso de reforma política tendiente a edificar un Estado de derecho del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Sobre la base de la Constitución de 1992, hemos promulgado toda una serie de leyes, códigos y decretos-ley para garantizar cada vez más plenamente los derechos y los intereses de todos los ciudadanos y poner unos cimientos jurídicos sólidos para la buena gestión de los asuntos nacionales. Los logros conseguidos en todos los aspectos son una buena garantía de estabilidad social y política y sientan las premisas necesarias para un desarrollo sostenible en el futuro.

Junto con la reforma de todos los aspectos de la vida social, Viet Nam aplica siempre una política exterior de amplia apertura, diversificación y multilateralismo de sus relaciones internacionales, a fin de crear un clima estable y condiciones internacionales favorables a la tarea de edificar y defender el país, realizando la posición de Viet Nam en el escenario internacional.

Para aplicar esta política, ha establecido relaciones diplomáticas con casi 160 países, entre ellos todas las grandes Potencias y los principales centros políticos y económicos del mundo. La adhesión de Viet Nam a la ASEAN como miembro de pleno derecho, la firma de un acuerdo de cooperación con la Unión Europea, la normalización y establecimiento de relaciones diplomáticas plenas con los Estados Unidos, todo ello tuvo lugar en el mes de julio pasado. Eso no fue una coincidencia, sino el fruto de todo un proceso de aplicación de una política exterior inspirada en un nuevo espíritu, por el cual Viet Nam quiere ser amigo de todos los países en la comunidad internacional y trabajar por la paz, la independencia nacional y el desarrollo. Ello es prueba elocuente de que nuestra política exterior es correcta y se adecua a la tendencia general de los tiempos.

Al tiempo que amplía sus relaciones con los diversos países del mundo, Viet Nam se esfuerza constantemente por mejorar y fortalecer sus relaciones con los organismos internacionales, entre ellos las instituciones monetarias y financieras, y se muestra dispuesto a participar en las organizaciones de cooperación regional y mundial. Tras normalizar sus relaciones con el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, el Banco Asiático de Desarrollo y formar parte de la Zona de Libre Comercio de la ASEAN, Viet Nam se está preparando activamente para unirse en el momento oportuno a la Organización para la Cooperación Económica en Asia y en el Pacífico y a la Organización Mundial del Comercio (OMC). En cuanto a las Naciones Unidas y sus organismos especializados, Viet Nam sigue manteniendo una cooperación estrecha y fructífera con todas ellas.

Los resultados obtenidos en la esfera de la política exterior dan a Viet Nam la posibilidad de avanzar más rápidamente en su integración en la región y en el mundo y participar más activa y eficazmente en los foros e instituciones mundiales, a fin de resolver los problemas urgentes que se plantean al conjunto de la humanidad, contribuyendo dignamente a los esfuerzos colectivos de la comunidad internacional en pro de la paz, la independencia nacional, la amistad y la cooperación entre los Estados y el desarrollo.

Hoy y durante las próximas semanas, los pensamientos de todos los pueblos del mundo, sin distinción de lengua, raza o costumbres, se vuelven hacia esta Asamblea donde se reúnen los representantes de los 185 Estados Miembros en un momento histórico que marca el medio siglo de existencia de las Naciones Unidas, con la esperanza y el deseo ardiente de que nuestra Organización entre realmente en una nueva era en la que nuestro lema "Unidos para un mundo mejor" sea una realidad. No hay promesa más cara, compromiso más solemne que nuestra voluntad de unir nuestros esfuerzos a fin de prepararnos para el gran viaje hacia el siglo XXI, trabajar en la búsqueda de los nobles propósitos de la Carta de las Naciones Unidas, para un mundo mejor y un orden mundial equitativo y razonable que responda a las aspiraciones más queridas de la generación de hoy y ponga los cimientos sólidos para las generaciones venideras.

El Presidente interino (*interpretación del francés*): El siguiente orador es el Ministro de Relaciones Exteriores de Albania, su Excelencia, el Sr. Alfred Serreqi, a quien doy la palabra.

Sr. Serreqi (Albania) (*interpretación del inglés*): Tengo especial placer en felicitar al Sr. Diogo Freitas do

Amaral, de Portugal, por haber sido elegido para ocupar el cargo de Presidente de la Asamblea General en su quincuagésimo período de sesiones. Aprovecho esta oportunidad para hacerle llegar mis mejores deseos de éxito en las deliberaciones de esta importante asamblea y para asegurarle la plena colaboración de la delegación de Albania.

Felicito también a su predecesor, el Sr. Amara Essy, por la manera excelente en que condujo los trabajos de la Asamblea General durante su período de sesiones anterior.

Quiero expresar mi más elevada consideración al Secretario General, Sr. Boutros Boutros-Ghali, por sus ineludables esfuerzos encaminados a proporcionar a la Organización una conducción cada vez más eficaz.

Hago llegar mis más cálidas felicitaciones a la República de Palau, el más reciente Estado Miembro de las Naciones Unidas.

Desde marzo de 1992, fecha en que se produjo la ruptura definitiva con el régimen comunista, Albania ha realizado enormes progresos en sus procesos democráticos. La construcción y el fortalecimiento del pluralismo político, el Estado de derecho, el respeto de los derechos humanos en general y de los de las minorías en particular, así como la transición de una economía centralizada a una economía de mercado, constituyen las direcciones principales por las que avanza la sociedad de Albania. El país se ha comprometido en forma sostenida con una rápida reforma económica apoyada por una serie de leyes completamente nuevas, y los resultados de las intensas transformaciones son muy tangibles.

Naturalmente, la reforma no es indolora. En ese sentido, el Gobierno está dedicando especial y particular atención al mejoramiento de las condiciones de vida de algunos grupos de la sociedad que son más vulnerables a la reforma económica. En nombre del Gobierno de Albania quiero aprovechar la ocasión para expresar mi gratitud a los países donantes, a los Estados Miembros europeos, a los Estados Unidos y a los países miembros de la Organización de la Conferencia Islámica, así como también a instituciones internacionales como el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) por la valiosa asistencia que han brindado a Albania.

En sus esfuerzos orientados a eliminar por completo las consecuencias de su largo y funesto aislamiento, Albania ha emprendido con convicción una política de apertura y ha seguido estrictamente uno de los objetivos principales que

el Gobierno estableció en su programa, a saber, la integración del país en Europa, lo que implica la construcción de una sociedad de estilo occidental, la adhesión a sus instituciones y la activa participación en la vida europea.

Nuestra creciente cooperación con la Unión Europea, que esperamos que a su debido tiempo lleve a la apertura de negociaciones sobre el acuerdo europeo y a la concertación de dicho acuerdo, es un proceso que goza del apoyo de todos los partidos políticos y de todos los estratos de la población. Con el propósito de lograr la plena integración, hemos asignado especial importancia a la cooperación con las estructuras euro-atlánticas, y en especial con la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN). Albania es el primer país de la región que ha solicitado oficialmente su admisión como miembro de la OTAN, y coopera activamente en el seno de la Asociación para la paz. En este espíritu de estrecha cooperación, Albania ha ofrecido a la OTAN facilidades para la acción y seguirá haciéndolo en el futuro, convencida de que ello beneficia a la paz y la seguridad en los Balcanes.

Con este propósito, y deseoso de demostrar en la práctica su compromiso con la paz y la seguridad, mi país ha creado la primera unidad militar albanesa destinada a participar en las operaciones humanitarias y de mantenimiento de la paz que llevan a cabo las Naciones Unidas, y pronto la pondrá a disposición de la Organización.

La tragedia del pueblo de Bosnia y Herzegovina —que está sufriendo las consecuencias de las ambiciones de Belgrado de crear la “Gran Serbia”, inspiradas por la filosofía del chauvinismo, la política de “depuración étnica” y la modificación de las fronteras por la fuerza— constituye el meollo de la crisis que afecta actualmente a los Balcanes y que se concentra en la ex Yugoslavia. La identificación de las causas de la crisis de Bosnia y Herzegovina y de los culpables de la misma hace que ahora resulte más sencillo para los Estados balcánicos y para la comunidad internacional en general la tarea de efectuar evaluaciones realistas de la situación en todos los territorios de la ex Yugoslavia y de buscar los enfoques adecuados para su solución.

Es evidente que la comunidad internacional y sus protagonistas principales han estado presentes en todas las etapas en lo que concierne al tratamiento del conflicto que tiene lugar en Bosnia y Herzegovina. Desafortunadamente, no obstante, hay que admitir que, pese a las medidas que se han adoptado hasta ahora, no siempre han sido consecuentes, y por ese motivo durante mucho tiempo la eficacia ha dejado mucho que desear.

Las numerosas resoluciones de las Naciones Unidas y de la Conferencia Internacional sobre la ex Yugoslavia, las actividades del Grupo de Contacto, los proyectos ofrecidos y los planes sugeridos no han producido aún los resultados deseados. No obstante, pensamos que se debería expresar un reconocimiento especial a la fuerza de paz de las Naciones Unidas por la asistencia humanitaria que ha brindado a la población civil inocente. Se debería rendir un homenaje especial a los soldados, oficiales, diplomáticos y periodistas que perdieron la vida en cumplimiento del deber.

Tras los acontecimientos más recientes, pareciera que la situación en las zonas de crisis está más equilibrada en términos políticos y militares y ofrece posibilidades reales de solución. No obstante, sigue siendo sumamente compleja y sigue existiendo el peligro de una diseminación del conflicto a otras regiones, una opinión ampliamente compartida. Habida cuenta de esta situación, encomiamos el hecho de que, a partir de la iniciativa de los Estados Unidos de América, la comunidad internacional está examinando su posición con respecto a este conflicto, incluyendo la insistencia en la aplicación cabal de las resoluciones del Consejo de Seguridad aprobadas de conformidad con el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. En dichas resoluciones se dispone la continuación de las sanciones contra los serbios de Bosnia y contra Serbia y Montenegro, así como también la intensificación de la actividad diplomática, respaldada por la utilización de las intervenciones militares de la OTAN cuando ello resulte necesario.

La República de Albania está profundamente preocupada por la grave situación que impera en Kosovo. El régimen militar y policial serbio que se ha instalado en Kosovo tras la eliminación de la autonomía de que gozaba esta unidad federal de la ex República Federativa Socialista de Yugoslavia continúa sembrando un terror generalizado contra la población albanesa. La brutalidad de la policía serbia se hace presente día a día y en todos los rincones de Kosovo. Las políticas y prácticas propias del *apartheid* que llevan a cabo los serbios contra los albaneses han conducido al éxodo forzado de centenares de miles de albaneses, en su mayoría jóvenes, hacia diferentes países del mundo. Parte de este terror sistemático son las matanzas incesantes, los saqueos y los juicios políticos fraguados contra los albaneses de Kosovo.

Como si esta situación sumamente tensa y explosiva no fuese suficiente, las autoridades de Belgrado están enviando ahora a Kosovo, como colonos, a refugiados serbios que provienen de Croacia y Bosnia. Esta grave provocación, disimulada bajo el disfraz de una actitud humanitaria en favor de los refugiados serbios, es en

realidad parte del antiguo plan de las autoridades de Belgrado destinado a llevar a cabo una “depuración étnica” en Kosovo, que está habitada por un 95% de albaneses, y a modificar por la fuerza su composición étnica y demográfica.

Las consecuencias de las acciones de Belgrado destinadas a concretar la ambición de la “Gran Serbia” son ya conocidas por todos y la comunidad internacional las ha podido observar en Bosnia y Herzegovina y en Croacia. Instamos a la comunidad internacional y a las organizaciones humanitarias involucradas a que no se dejen engañar con respecto a las intenciones de Belgrado y a que no colaboren con el asentamiento de refugiados serbios en Kosovo, una actividad que va más allá de ser una simple acción humanitaria.

También hacemos un llamamiento a la comunidad internacional para que no pase por alto el tema extremadamente importante de Kosovo. Las autoridades de Belgrado han desafiado claramente la resolución 49/204 de la Asamblea General, las resoluciones de la Comisión de Derechos Humanos, de Ginebra, y las decisiones de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) sobre Kosovo. Si Serbia no es sometida a presiones internacionales para que se abstenga de seguir su política de enfrentamiento en Kosovo, no pasará mucho tiempo hasta que estalle una nueva tragedia, con consecuencias imprevisibles. Los dirigentes albaneses de Kosovo han conseguido evitarlo milagrosamente hasta el momento mediante su resistencia pacífica. Pero inmediatamente surge la pregunta: ¿Durante cuánto tiempo podrán seguir haciéndolo?

La República de Albania sostiene que las Naciones Unidas, las grandes Potencias y la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN) deberían adelantarse y tomar medidas apropiadas para impedir el conflicto en Kosovo: desmilitarizar su territorio, proteger los derechos humanos y nacionales de los albaneses que se encuentran en Kosovo, poner fin a la depuración étnica y a la colonización serbia, reabrir las instituciones de Kosovo, crear en Kosovo un clima de diálogo entre los albaneses y los serbios, y entre Pristina y Belgrado, y comenzar y continuar un diálogo en presencia de una tercera parte.

Albania opina —e insiste en ello—, que el tema de Kosovo debería incluirse en el programa de las deliberaciones que se llevan a cabo para resolver el problema de la ex Yugoslavia. Entretanto, el levantamiento de las sanciones contra Serbia y Montenegro debería estar supeditado en forma estricta a la solución completa y duradera de la cuestión de Kosovo. Hay más de un problema que encarar

y resolver en Kosovo; es preciso abordarlos debidamente y no pasarlos por alto. El mirar hoy el progreso logrado en lo que atañe a la solución de la condición constitucional de las entidades de Bosnia, que esperamos sea justa y equitativa y satisfaga a todas las partes, nos da motivos para confiar en que la comunidad internacional seguirá el camino correcto para resolver también la cuestión de Kosovo. El mundo tiene razón al pensar que al hacerlo se respetan los principios fundamentales de la Carta, especialmente el derecho de los pueblos a la libre determinación. La aplicación del “doble rasero” generará, indudablemente, conflictos futuros.

Para que los Balcanes sean una zona de paz, estabilidad y prosperidad es necesario poner fin a la guerra, remitir a los tribunales a los perpetradores de la tragedia de Bosnia y castigarlos, desmilitarizar los Estados y regiones armados en exceso, reconstruir lo destruido por la guerra, solucionar la cuestión de Kosovo y descongelar las relaciones bilaterales. La democratización interna de todos los Estados, la creación del espacio democrático en el que viven los albaneses en los Balcanes, como lo manifestó repetidamente el Presidente de la República, Sali Berisha, constituyen una respuesta altamente positiva a cualquier iniciativa internacional de paz y estabilidad en los Balcanes. Además, la transición a programas amplios de cooperación de los Balcanes entre sí y de los Balcanes con el resto de Europa es también imprescindible para el desarrollo y la integración plena de los Balcanes en una Europa desarrollada y civilizada.

En el próximo mes de diciembre Albania celebrará el cuadragésimo aniversario de su ingreso como Miembro de las Naciones Unidas. A lo largo de todos estos años, la República de Albania ha demostrado su compromiso para con los objetivos y principios de la Carta. Aunque la región está atravesando una crisis profunda y compleja, Albania se declara factor de paz y estabilidad. Nunca ha provocado conflictos ni tensiones entre Estados, y continuamente ha reiterado su posición firme contra el cambio obligado de las fronteras reconocidas internacionalmente. Ello puede comprobarse, en primer lugar, por su política para con los países vecinos.

Me complace declarar que las relaciones bilaterales con Grecia han mejorado tras el período de tirantez del año pasado. El diálogo y la buena voluntad, a favor de los cuales siempre ha estado Albania, han prevalecido, y los dos países hoy en día están tomando medidas concretas para ampliar, profundizar y acelerar la cooperación en esferas de interés mutuo.

Vale la pena mencionar aquí que nos complace observar que la comunidad internacional en general reconoce la mejora incomparable de la situación de los derechos de la minoría griega en Albania en los últimos tres años. El Gobierno albanés ha demostrado en todo momento su voluntad y determinación de asegurar el pleno respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales de todos sus ciudadanos, incluidos los miembros de la minoría griega. Siempre hemos insistido en que la minoría griega en Albania constituye un puente de amistad, y nos complace señalar que ésta no es sólo nuestra opinión. No existe razón política de ningún tipo que pueda perturbar esta situación, puesto que el goce de los derechos es consecuencia de nuestra voluntad política y la misma esencia de la sociedad albanesa.

En cuanto al derecho a la educación en la lengua materna, además de las medidas ya tomadas por el Gobierno para aplicar normas internacionales y cumplir sus compromisos internacionales, tal como el asumido en virtud de la Declaración y el Programa de Acción de Copenhague, la legislación nacional sobre la educación, en especial la ley referente a las escuelas privadas —que ha entrado en vigor hace unos pocos meses—, ha resuelto esta cuestión.

Albania mantiene buenas relaciones con la ex República Yugoslava de Macedonia y apoya la integración plena de dicha república en las instituciones internacionales. No obstante, les exhortamos a que tomen medidas concretas para mejorar la situación de los albaneses en ese país y asegurar el respeto pleno de sus derechos humanos y nacionales, incluido el derecho a la educación en su lengua materna. Esto es tanto más así por nuestro convencimiento de que la igualdad entre los ciudadanos de todas las nacionalidades llevará a la integración de ese país y esa integración redundará en beneficio de todos los ciudadanos de la ex República Yugoslava de Macedonia y de la estabilidad de la región.

Albania tampoco tiene prejuicios en sus relaciones con Serbia y Montenegro. Sin embargo, debe decirse que su mejoramiento depende de que éstas renuncien a la violencia contra los albaneses de Kosovo y a la supresión de los mismos. Aunque Italia se encuentra al otro lado del mar, mi país la ha considerado y la sigue considerando un país vecino de gran importancia para las relaciones bilaterales y para lo que se refiere a los acontecimientos en los Balcanes y el Mediterráneo. Nuestras relaciones con ese país se basan en tradiciones antiguas y se caracterizan por hechos muy positivos en todas las esferas.

Albania atribuye una gran importancia a la labor de reforma del Consejo de Seguridad. Albania es el único país del Grupo de Estados de Europa Oriental, con excepción de los países que se crearon recientemente en la región, que en sus 40 años de Miembro de la Organización nunca ha formado parte del Consejo de Seguridad. Creemos que los Estados Miembros, al brindar a Albania la primera oportunidad de ocupar un escaño en el Consejo de Seguridad, darán aliento y apoyo a la buena voluntad de los pequeños Estados con respecto a una participación activa en la cooperación multilateral en pro de la paz y la seguridad internacionales, y demostrarán que nuestras deliberaciones fructíferas sobre la reforma del Consejo de Seguridad no tardarán mucho en materializarse. Permítaseme asegurar que la elección de Albania como miembro del Consejo de Seguridad sería también una contribución a la paz y la seguridad de la atribulada región de los Balcanes.

Para terminar, quisiera manifestar el apoyo de Albania a las Naciones Unidas y su deseo de fortalecer a la Organización y su papel en la salvaguardia de la paz internacional y la promoción y el apoyo de la democracia, el desarrollo y el bienestar.

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Hemos escuchado al último orador en el debate general de esta sesión. Un representante ha pedido hacer uso de la palabra en ejercicio de su derecho a contestar.

Quiero recordar a los representantes que, de conformidad con la decisión 34/401 de la Asamblea General, las declaraciones en ejercicio del derecho a contestar se limitan a 10 minutos y las delegaciones deben formularlas desde sus asientos.

Tiene ahora la palabra el representante de Francia.

Sr. Ladsous (Francia) (*interpretación del francés*): Varias delegaciones han hablado de la cuestión de los ensayos nucleares y algunas lo han hecho en términos inaceptables, e incluso diría que desagradables. Esas intervenciones mueven a la delegación de Francia a recordar que la última serie de ensayos realizados por Francia se sitúa en la perspectiva de la cesación completa y definitiva de los ensayos nucleares.

La campaña actual debe considerarse tal como es. Se trata de una conclusión, los ensayos se limitarán a ocho como máximo y terminarán antes de finales de mayo de 1996.

Nuestro objetivo principal es llegar antes de 1996 a la conclusión de un tratado de prohibición que sea realmente significativo. Es decir, un tratado que prohíba todos los ensayos nucleares o cualquier otra explosión nuclear. Es el alcance principal de ese tratado.

El 18 de agosto pasado, en la Conferencia de Desarme, Francia anunció que hacía suyos esos objetivos y esa formulación. Esta elección es capital. Como ya he dicho, cuando se firme el tratado en las condiciones previstas en la resolución de la Asamblea General, Francia se prohibirá en el futuro todos los ensayos de armas nucleares o cualquier otra explosión nuclear. Es la elección de la opción cero. Una elección que da su pleno sentido a la firma del tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares. Para llegar a esa conclusión y llevar a ese fin las negociaciones, Francia debe, en el breve espacio de tiempo que se ha fijado, es decir, antes de finales de mayo de 1996, garantizar para el futuro la fiabilidad y la seguridad de sus armamentos y adquirir una maestría independiente de las técnicas de simulación.

Esta campaña de finalización de los ensayos permite a Francia abogar por la opción más satisfactoria y más exigente para el tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares.

Algunos ataques que objeta Francia son infundados, injustos y malintencionados. En realidad, esta campaña no presenta daños para el medio ambiente y expertos de renombre internacional han demostrado recientemente la inocuidad de nuestros ensayos. Por otra parte, esta campaña es conforme al derecho y a los compromisos realizados por Francia. Esto no significa la prohibición y nunca excluimos la realización de esa serie de ensayos.

Permítaseme recordar que un país que se ha presentado hoy como nuestro vecino en el Pacífico, está situado a mayor distancia de la Polinesia francesa que Nueva York de París.

Mi delegación desea recordar que por lo que a ella respecta, Francia sigue abierta al diálogo y a la cooperación con todos los Estados, los del Pacífico y todos los demás.

Se levanta la sesión a las 17.55 horas.